

2 - 2522

TOMO I

Bogotá (Colombia), Julio 20: 1890

ENTREGA 3.^a

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Biografía, Historia, Viajes, Geografía, Estadística, Crítica,
Cuadros de costumbres, Poesías, Variedades, etc.

DIRECTOR: ISIDORO LAVERDE AMAYA

Administrador: IGNACIO POSSE AMAYA

CONTENIDO:

I—La Patria, por Felipe Perez.....	12
II—Insurrección de 1781. Los Comuneros, por Pedro M. Ibañez	133
III—Traición y castigo, por Soledad Acosta de Samper.....	149
IV—Exhumaciones de una gaveta, por J. Manuel Marroquin	158
V—Soltero, por Eduardo Posada.....	170
VI—La última luz (poesía), por Jose Joaquin Ortiz	175
VII—Sé! buenos! (poesía), por Jorge Isaacs.....	180
VIII—Historia de la Nueva Granada [continuación de la Historia de Colombia], por Jose Manuel Restrepo [continuación].....	182
IX—Boletín bibliográfico.....	191
X—Crónica.....	

CONDICIONES:

La suscripción anual vale.....\$ 4 ..
 Un semestre..... 2 20
 Un número suelto..... 0 40
 Se reciben suscripciones en la Agencia general de *La Nación* y se venden números
 sueltos en la Librería de Torres Caicedo, en la de Camacho Roldán & Tamayo
 y en la de Curriols & Seyde.

IMP. DE "LA LUZ," CALLE 13, NUMERO 100

APARTADO 160—TELÉFONO 220

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

LA PATRIA

Cecilio Acosta, al hablar de la patria, dijo:

“ Yo la amo con ese cariño que se tiene al lugar donde uno nació; donde atravesó en infantiles juegos el verde alfombrado de la menuda yerba; donde corrió tras las pintadas mariposas; donde se ve subir el humo del hogar y le sale á uno al encuentro el perro de la familia, que le halaga y le conduce; donde está el árbol, el río, la cascada, la loma á que uno subió de niño para ver despuntar el sol de la mañana; donde oyó por la primera vez la voz del amor materno, tan dulce y al mismo tiempo tan desinteresado—historia ésta, la única que se lee todos los días y que nunca se va del corazón.”

Eso dijo con el lenguaje del idilio el escritor cuya modestia fue tan grande, que alcanzó á equilibrarse con su talento y su saber. Y es verdad: es por eso por lo que se ama á la patria, como Adán amó el paraíso, en donde abrió los ojos para ver las hermosuras de la naturaleza, de la cual recibió los primeros ósculos y la primera sonrisa.

En dondequiera es lo mismo: la patria es un jardín para sus hijos, pues fuera de su aire y de su cielo, lejos de su sol y de sus horizontes, todos nos sentimos desfallecer como desfallecen las aves y las plantas conducidas á climas extraños.

Empero, además de este amor sentimental é instintivo del corazón y de los sentidos, de este amor que obedece á esa ley providencial que hace al hombre una parte integrante del terruño nativo, hay otro amor á la patria más alto, más incommensurable: el amor del espíritu.

¿Cuál es ese amor?

Ese amor no es el que siente sino el que *comprende*; no el que se sacia en la felicidad, sino el que no se sacia nunca, fuerza ambiciosa, incansable, con ímpetu de águila y aliento de titán. Es el amor que nos hace amar á la patria, no como al bosque florido en cuyos cármenes se meció nuestra cuna, sino como un centro inefable de esperanzas y glorias. Esto es, no á la patria de los lagos y de los ríos, de las verdes monta-



ñas y de los nevados altísimos, de los mares inmensos y de los cielos de zafiro; no á la patria de suaves praderas y de ribas arboladas, donde juegan los céfiros y se quiebra el resplandor de los crepúsculos, en los sitios amados de las Musas, sino á la patria—altar, á la patria—templo, en donde se paga tributo á la civilización y al cristianismo, á la libertad y á las letras, á la sabiduría y á las artes, uniendo á las páginas del pasado las páginas del presente, todas de oro, porque son de progreso con las manos del genio nacional, poeta ó guerrero, quebrantador de cadenas ó de montañas, apóstol ó redentor, industrial ó sabio.

El amor á la patria no es un solo amor; no es una unidad: es innúmero, porque es el amor de los amores; porque es el amor del corazón y del organismo; porque es el amor del espíritu —que es la esperanza—y el del alma—que es la sensibilidad ideal;—porque es el amor del recuerdo y del hecho, de la satisfacción y del deseo. Es por eso por lo que supera á todos los otros amores, por lo que sobrepuja á todos los otros cariños, y por lo que no conoce rival ni émulo, pues el amor á la madre, que es igualmente profundo, igualmente múltiple, no es sino una de las emanaciones suyas.

La madre es genitora de hombres; la patria es genitora de ciudadanos. El hombre junto á la madre carnal, es siempre un niño. El ciudadano junto á su madre moral, es siempre un héroe. A la primera se le ríe con los labios y se le llora con los ojos. Con la segunda no se ríe nunca el hombre, y si alguna vez le llora, es con las lágrimas de Mario en Cartago, ó con las de Jeremías en Jerusalén!

¡Ay, cuán amargas son esas lágrimas y cuánto escaldan las mejillas! Por fortuna se secan antes de caer en la tierra, porque de nó, serían lava que produciría incendios.

* * *

Eusebio Blasco acaba de decir: “Todos los hijos son poetas.” Yo he comprendido su pensamiento, porque la poesía no es el ritmo, ni la idea, ni la palabra: la poesía es el corazón; y los *hijos* ¿qué son en presencia de sus madres? La *Ilíada* es una hornaza de héroes y un tumulto de dioses; la *Eneida* es un kaleidoscopio de armonías; pero Coriolano—sin haber hecho un verso—fue un poeta más grande que Homero, un poeta

más grande que Virgilio, porque rindió la espada que había levantado contra Roma, á una súplica de su madre.

Hasta la altura de esa epopeya del amor santo, no llega ninguna invención del estro. Sólo hay dos hombres superiores á Coriolano: Curcio y Ricaurte. ¿Superiores? Sí: la patria es la gran madre, la madre de los siglos. La mujer no es sino la madre de los años. Coriolano amó en el tiempo: Curcio y Ricaurte amaron en la eternidad.

La madre muerta no es un recuerdo sino una veneración.

La madre viva es un tesoro de inagotable riqueza.

La patria presente es el cielo en la tierra. La patria ausente es el martirio constante del organismo y del alma.

Todos los hijos son poetas; esto es, cantores, sin lira, de una virtud, de una bondad, de una luz; cantores inspirados en el *ideal materno*, cuyas voces tienen el mismo sonido y son siempre las mismas, arranquen ya del herrado pecho del batallador, ya de el del cenobita ó del de el príncipe.

Esas voces no son un coro angélico, pero son en cambio una alegría de la naturaleza, la madre original.

Amor á la madre, amor á la patria; hé ahí los dos únicos amores inocentes, sin término, como el infinito y capaces del sacrificio sin palma; amores-raudales, que vienen de lo desconocido y van hacia lo desconocido, que triunfan ó sucumben en la ignorancia, que se ciñen aureolas ó se hunden en el secreto, y cuyo símbolo—*¡Madre mía! ¡Patria mía!*—es el poema de todas las razas, de todas las edades.

Guillermo Tell y el último de los polacos; hé ahí dos amores de estupenda poesía, de fulguraciones el uno, el otro de sombras, que son yá como un grito eterno. Hé ahí dos escalas, una que lleva arriba, siempre hacia arriba, que es la de la libertad; otra que conduce abajo, siempre hacia abajo, que es la de la abyección. Suiza es un astro; Polonia es un calabozo dividido.

* * *

Madre mía, dice el hombre al vencer y al ser vencido, al levantarse y al caer; y ese grito, saludo de gloria, protesta de martirio, lo dice todo y todo lo resume, porque en él termina todo lenguaje, porque en él termina todo pensamiento, y porque ni la voz, ni el estro, ni el buril, ni el pincel, ni símbolo

alguno humano, antiguo ni moderno, salvaje ó culto, puede decir más, pintar más, cantar más! *¡ Madre mía!* dice el naufrago al desaparecer en el vórtice del Océano. *¡ Madre mía!* murmura el soldado al caer en la escena pavorosa de las batallas. *¡ Madre mía!* debió decir Newton al descubrir el secreto de los astros. Lo mismo decimos de Franklin, el Prometeo de la historia, y de Colón, el escudriñador del abismo de las aguas, cuando sintió sobre la frente los primeros hálitos de la inmensa respiración americana.

Sólo Jesús no invocó á su Madre en aquel grito que puso pavor á la Tierra; suprema agonía del dolor hecho divino para entrar en el pecho de un Dios; pero Jesús, al invocar á su Padre, respondía y servía sólo al celestial mandato. El poema de la pasión no es un poema humano.

Madre es vida y es aliento; *madre* es adoración y es esperanza; *madre* es luz y es calor. Madre es más que mujer: madre es BONDAD.

Pálidos son los reflejos del cielo delante de las miradas de la madre; débiles son las sonrisas del amor junto á las sonrisas de la que nos dio la vida; y si el seno de la mujer amada es oasis de ilusiones, el maternal regazo es eterno nido, cuyas pajillas son siempre blandas, cuyo calor no se mitiga nunca.

Adán (sin madre) habría sido el más desgraciado de los hombres si no hubiese nacido de las manos mismas de Dios. Sin embargo, cuando tuvo que llorar, lo hizo en el seno de la Tierra y se enjugó los ojos con el manto de la naturaleza. Una madre habría aliviado el peso de su desgracia, y no una gruta sino un corazón le habría servido de refugio.

* * *

Pues bien, la patria es una madre: la madre de nuestra familia y de nuestra raza. La familia es el haz de los sepulcros de nuestros mayores y el haz de las cunas de nuestros hijos. La familia son los lazos de sangre, los vínculos de fisonomía, el orgullo del nombre, el pequeño universo de la vida. La raza es nuestra historia, nuestro carácter, nuestras creencias, nuestros derechos, nuestras hazañas, nuestra literatura, nuestra libertad.

La patria es una nueva Hécuba, siempre fecunda, cuyo

rico pezón, orlado de rosas, nutre no individuos sino generaciones.

La patria es Tetis dando á cada uno de los grupos de la humanidad llamados *naciones*, nuevas fuerzas, nuevo aliento y nuevas esperanzas, cada vez que cae ó desfallece, como caía su hijo, en la perenne liza de la vida.

“Volvedme á mi patria, dice el esquimal que se siente morir de nostalgia en las bellas orillas del Arno; ¡volvedme á ella! Yo quiero el jardín de mis hielos y el favonio glacial de mis tempestades. No me sepultéis lejos de mis pálidas auroras, ni del pobre corral de mis renos!”

Y al hablar así, habla bien el pobre esquimal: vivir fuera de la patria es agonizar; ser sepultado fuera de ella, es juntar dos polvos que no se asimilan nunca!

Siempre es triste la flor que nace sobre la tumba del extranjero.

El romano herido, exclamó un día con voz de castigo: “Ingrata patria, no poseerás mis huesos!” La historia ha recogido esta maldición implacable.

El desterrado de Santa Elena bendijo á Francia en su último instante, pidiendo que sus restos fueran sepultados en medio del pueblo francés.

Entre aquel odio y este amor, media algo que no podemos describir, pero que sí podemos nombrar: media el Cristianismo. El Cristianismo es un perdón desde el bautisterio hasta el sepulcro.

Un ciego reconocerá á su madre entre millones de madres; un proscrito reconocerá á su patria entre millares de patrias.

Ese instinto es una ley.

Quien ama á su patria, honra á Dios.

La patria es un inmenso hogar.

* * *

Los patriotas son panteístas porque adoran valles y montañas, ríos y auras, flores y sol. Tampoco podía ser de otro modo, porque las impresiones de la niñez y de la infancia son de un relieve eterno.

El que habita en su patria, tiene siempre el canto en los labios; los que nó, no tienen en ellos sino el suspiro. Los judíos cautivos en Babilonia no cantaban, y colgaron sus arpas en los sauces del río para que se rompiesen al chocar unas con

otras, ó para que su ruido ronco formase armonía con los quejidos de su corazón.

* * *

Dicen que el ruiseñor y el poeta cantan fuera de su clima. Esto es verdad, pero su lenguaje es el del dolor, y cuanto más melodiosos son sus cantos, son más melancólicos.

Ningún grito de melancolía es voz de hosanna.

Un alma inundada en lágrimas—náufraga del dolor—lanzará ayes y no ritmos. El canto, el verdadero canto es la alegría del corazón, y necesita inspirarse en sus propias auras y en sus propias esencias. En la choza paterna nos basta un rayo de la luna, una simple titilación del lucero de nuestras noches. En las regiones extranjeras la luz nos deslumbra, ó pedimos luz, más luz, porque nos parece que andamos á oscuras. En ocasiones pedimos aire, más aire, porque nos parece también que nos ahogamos.

* * *

La gran misericordia de Dios no se ostenta en todo su alcance sino cuando podemos visitar todos los días la tumba de nuestros padres y mecer todas las noches las cunas de nuestros hijos; sino cuando podemos pisar á todas horas el césped que refrescan los aires de nuestra montaña y borda de perlas ese éter cándido que llamamos rocío. “Aquí nací y aquí voy á morir,” dice el hombre feliz; “aquí, oyendo el canto de mis aves y los ruidos de mis céfiros. Aquí, viendo aquel ángulo del cielo donde resplandecen las estrellas que vieron mis abuelos, y que rielan hoy sobre sus sepuleros con la misma alma claridad con que rielaron un día sobre el techo de sus amores. Esta que está junto de mí, es mi montaña, urna de esencias exquisitas; aquella onda fugitiva que se desliza allá abajo entre mirtos, es mi río, que de día calla ante los ruidos del mundo, y de noche entretiene mi soledad hablándole á mi oído. Este que me rodea es mi horizonte, al que no temo cuando se viste de llamas y de huracanes á impulso de la borrasca, y del cual no quiero salir, porque más allá de su linde no hay *nosotros*, sino *otros*; esto es, manos frías, ojos indiferentes, almas heladas! Más allá de ese cerco azul, cargado de iris y arreboles, está el desierto humano, no poblado de árboles fantásticos ni de espantosas fieras, sino de seres desconocidos é insensibles, especie de

interminable Erebo, entre cuya sombra sería yo también una sombra errante y muda, enfermo del mal de la ausencia y amasador sacrílego de mis lágrimas y de un polvo de que no fui formado.”

* * *

“Me han dicho ahora, y ya me lo habían dicho otras veces, que debía ver el mar, universo líquido y misterioso, insondable encadenamiento de ondas que se quejan, que se trituran y que se arrebatan unas á otras, en rapiña constante, unos pobres jirones de espuma para que les sirvan de efímero cendal.” Mas, ellas también son efímeras, efímeras como las nubes que copian, como el color que toman de la altura. Yo vi el mar.... ¡qué espectáculo tan uniforme! ¡qué limbo tan monótono! Yo vi el mar, un templo inconmensurable; todo de pálido zafiro, pavimento, cúpula, costados, con sólo una lámpara: el sol. Templo sin altar, porque la majestad de su dios—la tempestad—cuando éste se presenta en él, llena todos sus ámbitos, cubre todos sus espacios y es como el templo mismo sacudido por una convulsión plutónica. Pavor de rayos y pavor de huracanes. Entraña espantosa y ardiente de un Baal infinito, feroz, vuelto al caos por la cólera.

Así es todo: la imaginación tiene ojos más risueños que el cuerpo y descubre bellezas en donde no hay sino terrores. Ver siempre, ver más cada día, andar para ver, correr para ver; ver y tocar polvo de glorias en Atenas, mármoles ensangrentados en Roma, palacios sombríos en Venecia, mezquitas de oro en Constantinopla, castillos desmantelados en España, huellas de gigantes militares en Francia, lores feudales en Inglaterra, hermosuras degradadas en Nápoles, no es al fin y al cabo sino una puerilidad. Los viajeros son niños curiosos disfrazados de hombres. Madama Stael dijo que no había placer más triste que viajar; y el vizconde de Chateaubriand, respondiendo al mismo sentimiento, exclamó:—“¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y sólo se han sentado á la mesa de los festines de sus padres!”

Empero, el viajero voluntario es un poscrito de sí mismo, es el desterrado de su propio querer. Ese vuelve hacia atrás cuando quiere: no es un *judío errante* empujado como una hoja seca por el soplo de un castigo implacable. Nó; el viajero for-

zado es el bloque de Sísifo: rueda y rueda diariamente impulsado por su mala fortuna.

* * *

Nos hablan de las pintorescas orillas del Rin, de los senos nemorosos de Italia, de las crestas alpinas, de los naranjos de Granada, de las brumas inglesas, de la hermosura de la circasiana, de las preciosas aves de las islas Molucas, de los arenales de Libia y de la santidad de Sión. Las relaciones de los viajeros son otros tantos poemas de la madre Tierra. ¡Cuánta belleza! ¡qué horizontes! ¡qué galas! La geografía se hace paleta en sus manos, y cada pincelada suya es un edén denunciado al mundo. Mas ¿qué puede faltarle á la patria?

Historias, tradiciones, leyes, costumbres, ritos, fiestas, alegrías, tipos, trajes, enseñanzas, bellezas, monumentos, lecciones, recuerdos, glorias y hazañas; “montañas levantadas sobre bases de oro,” revestidas de nieve y con un fanal eterno en sus cumbres. Sabanas que son océanos de verdura; ríos que son mares viajeros, sin borrascas, de ceibas imponentes y de cámbulos de coral; lagos azules y tranquilos, serenados por las brisas huídas de las selvas balsámicas, vegas umbrías, émulas de los recuerdos del Peneo, en donde la imaginación alcanza á ver aún las deidades de la mitología salvaje de la América primitiva; cataratas cuyas voces son truenos continuos, y cuyas brumas se desgarran entre robles cargados de hojas y de años; ruinas ciclópeas, burla del tiempo, que no responden á ninguna época de la historia, á ninguna casta conocida, y con inscripciones en un abecedario que nadie sabrá nunca leer ni interpretar; altares volcados, que denuncian un culto olvidado; memoria de instituciones que algún día fueron dictadas por los labios de los ancianos y no compuestas por el orgullo militar ni por las imposturas de una cosmogonía soberbia; climas afortunados, queridos del sol, en donde cada planta es un ramillete de flores y de frutos, y en donde cada flor y cada fruta es una maravilla.

Sí, ¿qué puede faltarle á la patria? ¿A esta patria querida, que es un hemisferio, rico en océanos y en constelaciones, cuyos Andes corren del polo de las auroras al polo del fuego, cuya lengua es viril en el hombre, dulce en la virgen, terrible en el soldado, piadosa en la madre? A esta patria, en donde está el

huerto de la zona tórrida, que los antiguos creyeron desolado, y que ostenta la mazorca del maíz junto á la fruta del paraíso, el ananás al lado del cacao, el tabaco y el café entrelazados, y cuyas entrañas son de oro y de platino, de diamantes y de esmeraldas, digna urna de este inmenso aglomerado de matices y de esencias, de formas y sabores, envidia de la falaz Pomona?

Sí, ¿qué puede faltarle á la patria? ¿A esa patria inocente en medio de la selva, esclava en los brazos de la colonia, independiente después al esfuerzo de sus héroes, y hoy libre al amparo de la ley! Patria de eterna primavera, corazón de la América.

* * *

Para ser felices, para morir tranquilos, para reposar en el terruño paterno, en la sombra del ciprés melancólico pero lleno de pompa sepulcral; para ser buenos hijos, buenos padres, buenos ciudadanos, no tenemos necesidad de ir á estudiar las grandezas ni las miserias humanas á ninguna región apartada, sobre ninguna altura, ni bajo ningún régimen contrario al nuéstro: nos bastan la lira de Safo, la oda de Píndaro y la flauta dulce de Anacreonte. En nuestras venas hay algunas gotas de sangre de aquel pueblo de genios; la sal de Atenas no se ha perdido para nosotros entre los escombros de aquella ciudad que soñaron las Musas y realizó el cincel; Colombia, la Colombia de Bolívar y Zea, de Bello y de Caro, la Colombia de Ricaurte y de Olmedo—espíritu emancipador, deidad nacida de las batallas santas, Minerva brotada de la cabeza del Júpiter—Libertador, nada tiene que pedir á las otras naciones; y si arrió algún día sus banderas gloriosas, tintas en sangre española y cubiertas de luto, sobre la tumba prematura de su padre inmortal; si algún día la rompió la ley como un vaso—impulso de ambiciones pequeñas—como otro día la había criado el genio de las grandes ambiciones y de los grandes hechos, ¿quién podrá despedazar nunca su territorio, tomar sus cordilleras, robarse sus mares y establecer una frontera entre los tres pueblos á quienes unen desde el Avila hasta el Chimborazo y desde el Magdalena hasta el Guayas, los vínculos de la raza, del idioma, de la religión y de la República? ¡Nadie! Colombia es una é indivisible; los límites de las tres herma-

nas—las tres Gracias del siglo—son simples líneas de hermanos, porque uno solo es su suelo, uno solo su espíritu, una sola su suerte. Son tres ramas de un mismo tronco, tres dedos de una misma mano: la mano que rompió la coyunda continental.

Hé ahí por qué yo, que acabo de pisar el suelo de una de esas tres secciones maternales, he entrado en ella como se entra en la patria; y en ella me siento renacer como la flor enferma que recibe de repente el aire de su cielo y el beso de su sol.

FELIPE PÉREZ.

Caracas: 1885.

INSURRECCION DE 1781

LOS COMUNEROS

(Al señor Doctor D. Manuel Ezequiel Corrales, propagador infatigable de la Historia Patria).

Hay acontecimientos que no se conocen ni distinguen bien sino después de largo tiempo de ocurridos; y así ha sucedido con la sedición de los Comuneros, (nombre derivado de *común*, como se llamaba á los habitantes de un lugar), importante acaecimiento de nuestra vida colonial. No obstante haber tratado de él con algún detenimiento los historiadores Plaza, Restrepo, Groot, Borda, Vergara y Gaitán, y muy especialmente Manuel Briceño, éste hace diez años, al celebrarse el primer centenario de la insurrección, la verdad de lo ocurrido en Colombia en la primera revolución nacional aún no se conoce con exactitud. El autor últimamente citado logró recoger en la Biblioteca Nacional los documentos que en ella existen sobre tan notable acontecimiento político-social; pero el libro que escribió, con laudable interés, no lo consideró él mismo, y con razón, completo. Hoy D. Aureliano González Toledo ha recibido fiel copia del expediente formado en Neiva hace ciento diez años, sobre lo ocurrido en el Centro y Sur del actual departamento del Tolima, durante la revolución, y el Doctor D. Pedro A. Herrán ha hallado el juicio seguido á D. *Ambrosio Pisco*, último descendiente de los Zipas de Bogotá, entre interesantes mamotretos conservados por sus

mayores. Y si Briceño salvó del olvido cien nombres de los revolucionarios de 1781, precursores de nuestra Independencia, González Toledo y Herrán nos facilitan hoy el complementar, con documentos auténticos, lo ya escrito sobre aquellos lejanos y turbulentos días del Gobierno Colonial, en los cuales se pensó, sin duda alguna, en buscar la Independencia del Nuevo Reino de Granada de la entonces enervada y mal gobernada madre-patria.

Desde 1776 gobernaba la Colonia el Virrey D. Manuel Antonio Flórez, protector de la Beneficencia y apoyo de las mejoras materiales, con aplauso general, cuando la Corte, ávida de dinero, le arrancó la administración del Real Erario, y la dio al Visitador D. Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, autor de severas disposiciones económicas que comprendieron los derechos de Alcabala y Armada de Barlovento, y que fueron cumplidas con celo exagerado por los recaudadores y produjeron natural descontento (1).

Flórez se trasladó á Cartagena temiendo que fuesen atacadas nuestras costas del Atlántico por los ingleses, y en la atrasada Santafé quedó el Gobierno en manos del odiado Piñeres, quien no se imaginó que en la hoy próspera Bogotá y en otras poblaciones del Reino existieran individuos que tuvieran ideas nuevas, que comprendieran el valor de la autonomía nacional y que pensaran en aprovechar las circunstancias para sacudir el duro yugo de un Gobierno, en realidad extraño, cada día más impopular por los fuertes impuestos que había creado, á más de tener el monopolio del tabaco, barajas, aguardiente, sal, peaje y pasos de los ríos.

Desde la capital aconsejaron á algunos pueblos del Norte, los más industriosos y manufactureros de la atrasada Colonia, que resistieran, *con la fuerza*, el pago de impuestos. Fueron los promotores de tan atrevida idea, por primera vez lanzada en la Colonia al omnímodo poder del Rey, JORGE LOZANO DE PERALTA, MANUEL GARCÍA OLANO, JUAN BAUTISTA MORALES y el lego del convento máximo de dominicos CIRIACO ARCHILA.

(1) GROOT, *Historia Eclesiástica y Civil*, etc.—1.ª edición, vol. 1.º, pág. 479.

Acogida la idea, se amotinaron los vecinos de Simacota, población cercana á la ciudad del Socorro, el 22 de Octubre de 1780; combatieron con los guardas de los estancos y los vencieron; JAVIER GÓMEZ dirigió el combate (en el cual quedaron heridos IGNACIO URIBE y JOAQUÍN SEPÚLVEDA), y luégo se apoderaron del tabaco y aguardiente que el Gobierno tenía en Barichara. Siete días después del combate de Simacota—primero en aquella guerra memorable—CUSTODIO ARENALES y JUAN IGNACIO GUALDRÓN, apoyados por el pueblo, atacaron y vencieron á los guardas de Mogotes; y PEDRO NIETO acaudilló, el 17 de Diciembre, una sedición semejante en Charalá (1).

Exaltados yá los ánimos, el 16 de Mayo del año siguiente, día de mercado en el Socorro, MANUELA BELTRÁN, primera heroína de nuestra historia, arrancó el edicto sobre impuestos y pisó las armas reales, apoyada por numeroso pueblo, que dirigían, á són de tambor, JOSÉ DELGADILLO, ROQUE CRISTANCHO, IGNACIO ARDILA, MIGUEL DE URIBE y PABLO ARDILA (2).

Sabiase yá en todo el Nuevo Reino que José Gabriel Condorcanqui, ó sea el inca Tupac-Amaro, encabezaba insurrección en su patria, y á su autorizada voz obedecían los indígenas, que tendían, desde el alto Perú hasta Venezuela, á separarse del yugo del Rey de España, como lo declaró el infortunado y valeroso Inca y lo escribió D. Salvador Plata, vecino notable del Socorro.

En Abril 6,000 hombres reunidos en la ciudad nombrada, al grito de *¡Viva la libertad!*, resolvieron nombrar jefe del movimiento, y fue elegido D. JUAN FRANCISCO BERBEO, quien pidió que también fueran elegidos, á lo que accedió el pueblo, D. JOAQUÍN VEGA, D. DIEGO ARDILA, D. JOSÉ ANTONIO ESTÉVEZ, D. ANTONIO JOSÉ MONSALVE y D. SALVADOR PLATA (3).

(1) QUIJANO OTERO, *Compendio de Historia Patria*, 2.^a edición, pág. 119.

(2) BRICEÑO, *Los Comuneros*, pág. 13.

(3) Estos fueron los nombrados *Capitanes Generales*, según Briceño, lib. cit., pág. 26; el señor Restrepo, *Historia de la Revolución de Colombia*, vol. I, pág. 17, no nombra á D. Joaquín de Vega, y sí á D. FRANCISCO ROSILLO. Plaza y Quijano Otero, lib. cit., pág. 120, refieren lo mismo que el señor Restrepo. La verdad es que Rosillo hizo parte de la Junta cuando se separó D. Salvador Plata fingiéndose demente.

Los jefes nombrados prestaron juramento de fidelidad al pueblo; por acta aceptaron el título pomposo de Capitanes Generales; llamaron *Común* la Junta revolucionaria; nombraron Procurador de ella á D. ANTONIO DE MOLINA y Secretario á D. MANUEL JOSÉ ORTIZ, portero del Ayuntamiento. El Escribano D. IGNACIO ARDILA y OVIEDO, quien autorizó el acta, prestó decidido apoyo á la revolución.

En San Gil, LORENZO ALCANTUZ, á ejemplo de lo hecho por Manuela Beltrán, rompió los edictos y pisó las armas reales, *crimen* que pagó con la vida; en Pinchote, La Robada, Guadalupe, Vélez, Tunja, Girón, en casi todos los pueblos del Norte (hoy departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santander); en los de los llanos de Casanare, encabezados por JAVIER MENDOZA, y en las provincias de Mérida, Trujillo y Maracaibo, de la Capitanía General de Venezuela, se propagó la sedición y circularon profusamente unos malos versos conocidos en el Socorro desde Marzo, enviados de Santafé por el lego Archila, y llamados por los revolucionarios *nuestra cédula* y por los amigos del Gobierno *el pasquín*. Parece fueron escritos por D. Jorge Lozano de Peralta, pues en orden reservada del Rey habló de los escritos sediciosos de éste, y ordenó al Virrey de Santafé que, *sin fórmula de juicio*, lo encerrase de por vida en el castillo de San Felipe de Barajas, en Cartagena, y que confinase á España al lego Archila.

D. Salvador Plata, monarquista decidido, al defenderse de la parte que le hicieron tomar en la revolución, contra su querer, habla de los versos y de otro escrito del mismo origen en que se leían horrores contra la fidelidad debida al soberano; en que se incitaba á la rebelión; en que se inspiraba al pueblo odio contra los europeos; en que se sostenía que las contribuciones eran robo manifiesto y se calificaba de *santo, justo y natural* el derecho de rechazarlas, y en que se pedía se declarase á *quién pertenecía el Reino*: escritos que se publicaron á voz de pregonero en las poblaciones amotinadas.

“Esta perversa idea—dice Plata—representada con tanta viveza, y adornada con RASGOS DE INDEPENDENCIA y de libertinaje, que de ordinario son tan agradables á los pueblos, ¿qué impresión, señor Excelentísimo, qué alucinación, qué preocupación tan maligna no causaría en los ánimos de las gentes?” (1)

(1) El original de este documento existe en la Biblioteca Nacional.

En este programa de la revolución se patentiza la idea santa de la Independencia; el deseo de libertad se trasluce claramente, y sólo la falta de documentos pudo hacer decir al mesurado señor Restrepo en la página 19, vol. I de su extensa y seria *Historia*:

“Mas al hacer su revolución en cada uno de los lugares, protestaban que de ningún modo querían romper los vínculos que los unían á la Nación española, ni faltar al vasallaje que habían jurado al Rey católico. No hubo, pues, espíritu alguno ni ideas de Independencia.”

Poco tiempo después de firmadas las capitulaciones de Zipaquirá, que veremos adelante, en Silos, población del departamento de Santander, y en Pore, en los llanos de Casanare los amotinados, cuyos nombres por desgracia se ignoran, *desconocieron la autoridad del Rey y reconocieron como único señor al Inca Peruano*, hechos que manifiestan la errónea apreciación que hemos apuntado y que el mismo autor refiere en la página citada.

De la Junta revolucionaria *que ejercía el Supremo Gobierno* se separó D. Salvador Plata, y lo reemplazó D. Francisco Rosillo; D. Joaquín Fernández Alvarez y D. José Ignacio Ardila fueron nombrados Secretarios de Estado, y D. RAMÓN RAMÍREZ, que obtenía la plaza de Secretario de Berbeo, fue promovido al cargo de miembro del Consejo Revolucionario. Berbeo fue proclamado Comandante General.

Yá organizado el Gobierno, se resolvió marchar sobre Santafé; sabedor Piñeres de lo resuelto, abandonó precipitadamente la capital por el camino de Honda—el mismo que siguió en semejantes circunstancias, en 1819, D. Juan Sámano, el último Virrey de Santafé, de ingrata memoria.

“La revolución aumentaba,—dice el señor Groot, pág. 481, lib. cit.—á pesar de las órdenes y providencias que la Audiencia comunicaba al Gobernador de Tunja y Alcaldes. En este estado la Audiencia resolvió someter por la fuerza á los Comuneros; pero no había en Santafé más tropa que unos pocos alabarderos bisoños, que no sabían más que llevar la alabarda, ni en el parque había más armas que doscientos fusiles viejos y mohosos, con algunas medias lunas enhastadas en palos. Reunieron de pronto alguna gente, que con los alabarderos llegó al número de 100 hombres, con los cuales, al mando de D. Joaquín de la Barrera, marcharon en expedición para el Socorro, llevando el resto de los fusiles para armar más gente por el camino. El Oidor D. José Osorio iba de comisionado por la Audiencia con plenos poderes para restablecer el orden.

“Llegó la expedición á Puente Real, donde fue acometida por los Comuneros en número de 4,000 hombres; y aunque sin más armas que lanzas, machetes, hondas y pistolas, fueron más que suficientes para intimidar á la tropa de Barrera, que huyó sin aguardarlos, quedando los

Comuneros dueños de las armas, prisionero el Oidor y el Comandante. También cogieron al Ayudante D. Francisco Ponce, y trataban de matarlo, mas él logró escapárseles disfrazado de fraile franciscano. Este fue el primero que trajo la noticia del fracaso á Santafé. Un pánico terror se apoderó de las autoridades y en general de toda la población. La Audiencia hizo reunir inmediatamente la Junta de Tribunales, lo que se verificó á las seis de la tarde del 12 de Mayo. A esa misma hora se presentó Ponce á informar, lo que hizo de una manera aterradora, principalmente para el Regente, porque, entre otras cosas, dijo que los Comuneros habían publicado un bando por el cual estaban sentenciados á muerte el Regente y Fiscal Moreno (que yá había marchado para Lima), y además, que habían protestado entrar en Santafé y sublevar todo el Reino.

“La Junta quedó aterrada en presencia de tan alarmante situación, y acordó que el Regente se trasladara á Honda; que se reuniesen las milicias para custodiar los reales intereses, y que saliese á tratar con los Comuneros una Comisión compuesta del Oidor Vasco y del Alcalde ordinario D. Eustaquio Galavis, en asocio del Arzobispo D. Antonio Caballero y Góngora, que acababa de llegar de la visita, que aún no había podido concluir por las novedades. Los dos primeros iban plenamente autorizados por la Audiencia como negociadores de paz; y el Arzobispo como mediador para conseguirla con el influjo de su sagrado carácter.”

Los Comuneros yá llegaban á Zipaquirá con una fuerza de 20,000 hombres, enorme en aquella época, y el 16 de Mayo se amotinó el pueblo de dicha ciudad, sin respetar la Comisión, que yá había llegado.

AMBROSIO PISCO, último descendiente de los Zipas de Bogotá, yá proclamado Soberano por los naturales de su raza, se apoderó de la salina de Nemocón y la entregó al pueblo. Berbeo, al saber que el odiado Visitador había partido para Honda, nombró Comandante á JOSÉ ANTONIO GALÁN, para que marchase á cerrarle el camino—comisión igual á la que tuvo el bravo Coronel Leonardo Infante en 1819, que Galán recibió el 25 de Mayo, llevando por segundo á NICOLÁS VESGA. Pasó de *El Mortiño*, cuartel general, por Zipaquirá, Chía, Cota y Funza, y al llegar á las *Cuevas de Facatativá*, á la entrada oriental del poblado, libró combate contra 60 coraceros que habían salido de la capital, del cual salió vencedor, no obstante que no constaba su fuerza sino de 25 hombres. Atravesó la ciudad, y en el *Alto del Roble* aprisionó á los conductores de un armamento que enviaba de Honda el Visitador al Virrey, con el cual armó bien su tropa (1).

Entretanto Berbeo autorizaba á D. JUAN BAUTISTA MORALES para que comprara armas en Inglaterra; (2) se aconsejaba de

(1) BRICESÑO, lib. cit., pág. 39.

(2) A esto alude el artículo de rectificaciones á los *Anales Diplomáticos de Colombia*, inserto en el número 63 de *El Bien Social*, de 1880, en el cual dice su autor, D. P. A. Herrán, que la comisión enviada á Inglaterra llevaba instrucciones y pliegos para el Gabinete Inglés solicitud de auxilios para la revolución.



su amigo MANUEL GARCÍA OLANO; recibía diputaciones de los Cabildos de los pueblos del Norte, de los que cerca de ciento se habían sublevado; enviaba á Ambrosio Pisco á guardar la entrada de la capital y á poner horcas, medida que aterró al Gobierno presidido por el Oidor Pedro Catani, y se preparaba á conferenciar con los representantes del Gobierno real.

Estos pusieron en manos de Berbeo sus propuestas, que tendían principalmente á que los sediciosos no entrasen á la capital, y Berbeo, que fue hábil en estas circunstancias, hizo conocer á los comisionados las notas que recibía de los amigos de la revolución, que habían quedado de jefes en ciudades del Norte, en las cuales le decían los del Socorro (Monsalve, Rosillo y Molina): “*En caso que imponga excomuni6n—el Arzobispo—podrá V. M. extrañarlo y tocar á sede vacante, que así lo pide este Común,*” y las opiniones del Consejo revolucionario, formado por FERNANDO PAVÓN Y GALLO, JUAN S. RODRÍGUEZ, JUAN B. DE VARGAS y AGUSTÍN DE MEDINA, Diputados del Cabildo de Tunja, SIMÓN VILLARREAL, JAVIER TELLO, JUAN AZUERO y NICOLÁS J. VESGA.

Exigió que se nombrase Comisionados por la capital á D. Francisco de Vergara, D. Jorge Tadeo Lozano, D. Francisco Sanz de Santamaría y D. Nicolás Bernal para que autorizasen las negociaciones, á lo que accedieron el Arzobispo y sus compañeros (1).

Se exigía en las capitulaciones la abolición de contribuciones, de armada, tabaco, barajas y guías; la extinción de los nuevos impuestos; la reducci6n de otros, como los de papel sellado, aguardiente, etc.; la colocaci6n de naturales en destinos públicos; el derecho de disciplinar fuerzas para defenderse; la aprobaci6n de los grados dados por los Comuneros; la expulsión del Visitador Piñeres del Reino, y finalmente, el juramento de cumplir lo estipulado. Redactaron los treinta y cinco artículos de este notable documento, que suprimía los odiosos fueros del poder real y daba derechos políticos á los americanos, los Comisionados de Tunja, Vargas y Medina, y algo modificado por el Marqués de San Jorge, lo entregó á los comisionados de la Audiencia el 5 de Junio.

(1) Relaci6n de Plaza, lib. cit., pág. 338; Quijano Otero, lib. cit., trae la misma, pero llama á Sanz de Santamaría José y no Francisco; Briceño, lib. cit., nombra, además, á Ignacio de Arce y Francisco Vélez, y también da el nombre de Francisco á Santamaría y dice que Arce no concurrió por enfermedad.

Entre tanto, José Antonio Galán había insurreccionado á Guaduas, Ambalema, Honda (donde hubo un combate entre españoles y americanos, en el cual fueron vencidos éstos), Mariquita, donde declaró libres los esclavos de la mina de *Malpaso*, y recorría las poblaciones ribereñas del Alto Magdalena propagando la revolución. La Mesa de Juan Díaz, Tocaima, donde encabezó un movimiento JACINTO DE ARTEAGA, Nilo y otras poblaciones de los valles ardientes de Cundinamarca levantaron el estandarte de la rebelión. En el Tolima, MANUEL ORTIZ en el Espinal; ANTONIO ROMERO en Coello, y otros jefes en Ibagué, Piedras, Purificación, Coyaima y Natagaima levantaban el pueblo.

En los actuales departamentos de Antioquia y Cauca, desde Cartago hasta Pasto, encontró condiciones favorables al germen revolucionario. LORENZO AGUDELO, vecino de la ciudad de Antioquia, proclamó la libertad de los esclavos, acto de nobleza que ratificó prácticamente dando libertad á 80 que poseía, y que lo arrastró más tarde al presidio de Puerto Cabello.

FRANCISCO JAVIER GARCÍA tramó allí mismo la sublevación de los negros, plan que no pudo llevar á término por haberse descubierto (1).

En el Cauca, en el valle y en el Sur se levantaron los habitantes; en Tumaco se distinguieron CEFERINO ULLOA, VICENTE DE LA CRUZ, FRANCISCO SÁNCHEZ, IGNACIO SUDARIO, BALTASAR y ANTONIO QUINTERO y JUAN B. VALLEJO.

J. Peredo, Gobernador de Popayán, fue á Pasto con el fin de hacer cumplir las reales disposiciones, y encontró heroica resistencia que le costó la vida. Los sediciosos pastusos, complicados en la muerte del Gobernador, cuyos nombres no figuran en la Historia, fueron castigados con pena capital (2).

En la costa atlántica muchos pueblos coadyuvaron al levantamiento; distinguéronse Valledupar y el puerto de Riohacha (poblaciones del actual departamento del Magdalena).

Sin duda los historiadores que hemos citado no conocieron el expediente que tenemos á la vista, sobre la revolución de 1781-en el Centro y Sur del departamento del Tolima, el

(1) QUIJANO OTERO, lib. cit., pág. 126.

(2) VERGARA Y GAITAN, *Cuadro cronológico de gobernantes, etc.*, pág. 96. Plaza, lib. cit., pág. 341.

cual nos permite dar á conocer muchos nombres de revolucionarios, hasta hoy ignorados, y citar las poblaciones de Aipe, Villavieja, Caguán, Fortalecillas y el Volcán, teatro de sediciones, y rectificar algunos hechos, de relativa importancia, consignados en el libro de Briceño, con respecto al corregimiento de Neiva. Dice este autor en la página 70 de su libro:

“La sublevación de Neiva la encabezó D.^a TERESA OLAYA, secundada por Matías de Herrera, Toribio Zapata, Gerardo Cardoso, Salvador Herrera, Cristóbal Rodríguez y otros. Reunidos en la plaza el 19 de Junio, desconocieron la autoridad del Gobernador D. Policarpo Fernández, y rompieron las puertas del estanco y el escudo real. Fernández, acompañado del Alcalde y otros vecinos, salió á contener el tumulto, y viéndose desobedecido, sacó su espada y atacó á los insurreccionados. Toribio Zapata le salió al encuentro y lo mató de una lanzada, y murió también Zapata á manos del Alcalde, que logró escaparse.”

Lo ocurrido en Neiva y pueblos de su jurisdicción, según el citado expediente, fue lo siguiente que enviaron como informe á la Audiencia de Santafé, D. Pablo Alvira, Alcalde ordinario de primer voto; D. Agustín Páez Pinzón, Regidor Alférez Real, y D. Pedro de Cuenca, Procurador General, Gobierno, Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Neiva, por estar ausentes D. Juan Vicente Dussan, Alcalde de segundo voto, y D. Joaquín Herrera, Alcalde Mayor de Provincia.

El 10 de Junio estalló la sedición en el pueblo de Caguán; los amotinados derramaron el aguardiente y sacaron el tabaco de los estancos, á órdenes de PEDRO PERDOMO, natural y vecino de la ciudad de Neiva; cuatro días después, ó sea el 14, otro hijo de Neiva, PASCUAL CASTAÑEDA, comandó el motín de Aipe; y el 16, en la inmediata población de Villavieja, TORIBIO ZAPATA, alias *Lunarejo*—el mismo que mató luego al Gobernador de Neiva—vecino del Guamo; JACINTO ROJAS, de Neiva, VICENTE NAVA, FRANCISCO GONZÁLEZ, SALVADOR HERRERA, CRISTÓBAL RODRÍGUEZ y BASILIO QUESADA, de Purificación, destruyeron los estancos de la población y luego los de Fortalecillas y el Volcán.

El 19 llegaron los amotinados á Neiva, después de medio día; derramaron el aguardiente en la calle principal de la ciudad, cerca del templo, y quebraron las vasijas en que se depositaba. Avisado el Gobernador, D. Policarpo Fernández, hizo llamar al Alcalde Alvira y al Procurador Cuenca, y unido con ellos y seguido de Vicente Pérez y Herrera y de Vicente

y Antonio Mora, se dirigió al sitio del alboroto, sin atender á las reflexiones que le hacían los acompañantes, temiendo los resultados del conflicto.

En la calle de la Administración, cercana al templo, ordenó el Gobernador á los amotinados que se retirasen; obedecieron ocultándose tras el templo, menos cinco hombres armados con lanzas, machetes y una escopeta, quienes cerraban la calle y la puerta del Estanco. Intimóles, á nombre del Rey, que se retirasen, á lo que respondieron:—“Somos mandados, y lo mandado, mandado.” Preguntados quién los había mandado, respondió TORIBIO ZAPATA, el principal entre ellos:—“Su sacra Real Majestad.”—¿Cuál? interpeló el Gobernador.—“La de arriba” (el Inca Peruano).—Quiso el Gobernador que rindieran las armas y en nombre del Rey lo intimó, cuando exclamó Zapata:—“Primero moriré que rendir las armas.” Sus compañeros GERARDO CARDOSO, SALVADOR HERRERA, JUAN DE ORTA y un hijo de la *tambora* de Villavieja, decían que las entregaban, pero conservaban actitud hostil, y al acercarse el Alcalde Alvira le dieron una lanzada que le rompió únicamente la capa, debido á que Antonio Pérez dio fuerte golpe al que quiso herirlo. El Gobernador, con ira, se lanzó sobre él diciendo:—“Rinde, perro, las armas, al Rey,” y en vez de ser obedecido, recibió de manos de Zapata una herida de lanza que le causó la muerte momentos después. El Alcalde pidió auxilio, y logró que concurrieran los Administradores Pedro López y Manuel Escajadillo y algunos guardas, quienes le prestaron tardío apoyo, pues yá había sido herido el sirviente del Gobernador y atacado el Procurador Cuenca. López dio muerte, con un disparo de escopeta, á Toribio Zapata, y con uno de pistola mató á Gerardo Cardoso; los demás amotinados huyeron.

Fray Clemente de San Javier, agustino descalzo, del convento máximo de Santafé, cura de la ciudad, fue testigo de estos hechos, y como las autoridades civiles, rindió informe de lo ocurrido al Gobierno virreinal, quien dispuso, después de que se violaron las capitulaciones de Zipaquirá, que los sediciosos fueran aprehendidos y severamente castigados. Tales fueron los movimientos del Centro y Sur del departamento del Tolima que aparecen en los expedientes originales y que hasta hoy permanecían desconocidos.

AMBROSIO PISCO, descendiente de los Zipas de Bogotá, natural del pueblo de este nombre, hoy Funza, de cuarenta y tres años de edad, residía, según certificación del Doctor Agustín Ricaurte y Terreros, Escribano de Cámara en Güepsa (1), departamento de Santander, parroquia de poca importancia, donde vendía mercancías. Cuando principió la revolución se proclamó *Cacique de Bogotá* (2), título que le reconocieron todos los de su raza y del cual usó, perdonando los reales tributos á todos los que le prestaran obediencia. Pasó al Socorro, donde se puso á órdenes de Berbeo, dando con su presencia bandera á la sedición entre los numerosos indígenas. Su paso por los pueblos, hasta Nemocón, fue un verdadero triunfo. En esta salina aceptó título de *Libertador*, declaró que la sal pertenecía al pueblo, y con los suyos quemó la casa de la Administración; además, permitió que los indígenas le besasen el estribo, en prueba de soberanía, crimen que miró la Audiencia como igual ó mayor que el de incendio, pues rompía el respeto á los fueros reales.

Pisco, hemos dicho, desempeñó la comisión de impedir que los revolucionarios entrasen á la capital, pero según lo declaró, no llegó sino al pueblo de Saba, al Noroeste de la ciudad.

Por la parte que tomó en la sublevación fue acusado de traidor, usurpador de la real soberanía y mal vasallo, pues había cometido crimen de lesa majestad.

El 4 de Septiembre de 1781 fue aprehendido Pisco, en Bogotá, en casa de D.^a Rosa López; fue enviado preso á Cartagena, en donde permaneció hasta Octubre de 1782, mes en que se declaró comprendido en el indulto por sentencia de la Audiencia de Santafé (3).

Se sabe que las capitulaciones de Zipaquirá fueron aprobadas por el Gobierno, con solemne juramento; motivo que hizo fácil la disolución de los Comuneros; que vencida la revuelta, se enviaron misioneros capuchinos á sostener los derechos del Rey; que en Santafé fueron aprehendidos los amigos de la revolución; que el Arzobispo Caballero y Góngora visitó,

[1] Guausa, se lee repetidas veces en el expediente.

[2] BRICEÑO, lib., cit., pág. 45, dice que en Nemocón fue donde se proclamó *Señor de Chía* y *Príncipe de Bogotá*, títulos que en realidad usó al firmar algunas cartas.

[3] Expediente original.

predicando sumisión, los pueblos del Norte; que las capitulaciones fueron indignamente violadas por el Gobierno colonial; que Galán no pudo revivir en el Norte el espíritu revolucionario, y que la mayor parte de los comprometidos se acogieron al indulto dado por el Virrey.

JOSÉ A. GALÁN fue aprehendido, y él, ISIDRO MOLINA, LORENZO ALCANTUZ y MANUEL ORTIZ sufrieron en Bogotá la pena capital, impuesta por inicua sentencia, que dispuso fueran *arrastrados á la horca, descuartizados, quemados sus mutilados cadáveres, las cenizas arrojadas al viento y sus miembros fijados en picotas, en distintos lugares, para escarmiento. Las casas de los mártires fueron arrasadas y sembradas de sal, y su descendencia declarada infame.*

La Historia, el más alto Tribunal de la Justicia humana, escribe en letras de oro los nombres de los ajusticiados de 1782 y coloca en la picota en que estuvieron las cabezas y miembros de los primeros mártires de la patria, los odiados nombres de sus verdugos.

PEDRO M. IBÁÑEZ.

Bogotá, Junio de 1890.

TRAICION Y CASTIGO

I

1812

SIMÓN BOLÍVAR AL GENERAL MIRANDA

Puerto Cabello, Junio 30 de 1812.— Año 2.º

Ilustre Generalísimo.

Ahora que son las tres de la mañana os repito cómo un oficial indigno con la guarnición y los presos se han sublevado en el castillo de San Felipe, y han roto un fuego desde la una de la tarde sobre esta plaza: en el castillo están casi todos los víveres y municiones y sólo hay fuera diez y seis mil cartuchos; la goleta *Venezuela* y el Comandante Martinena han sido apresados, los demás buques se hallan bajo sus fuegos como bajo los míos, y solamente el *Zeloso* se ha salvado muy estropeado. Debo ser atacado por Monteverde que ha oído los cañonazos; si vos no lo atacáis inmediatamente y lo destrozáis,

no sé cómo pueda salvarse esta plaza, pues cuando llegue este parte debe él estar atacándome.

Dios os guarde.

S. BOLÍVAR.

SIMÓN BOLÍVAR AL GENERAL MIRANDA

Caracas, 13 de Julio de 1812.

Mi General.

Después de haber agotado todas mis fuerzas físicas y morales, ¿ con qué valor me atreveré á tomar la pluma para escribir á usted habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón se halla destrozado con este golpe aún más que el de la Provincia. Esta tiene la esperanza de ver renacer de en medio de los restos que nos quedan su salud y libertad; sobre todo Puerto Cabello no espera más que ver parecer el ejército de Venezuela sobre Valencia para volverse á nosotros; pues nada es más cierto que aquel pueblo es el más amante á la causa de la patria, y el más opuesto á la tiranía española. A pesar de la cobardía con que al fin se han portado los habitantes de aquella ciudad, puedo asegurar que no por eso han cesado de tener los mismos sentimientos. Creyeron nuestra causa perdida porque el ejército estaba distante de sus cercanías.

El enemigo se ha aprovechado muy poco de los fusiles que teníamos allí, pues la mayor parte de ellos los arrojaron á los bosques los soldados que los llevaban, y los otros quedaban muy descompuestos; en suma, creo que apenas lograron doscientos por todo.

Espero se sirva usted decirme qué destino toman los oficiales que han venido conmigo; son excelentísimos y en mi concepto no los hay mejores en Venezuela. La pérdida del Coronel Jalon es irreparable, el solo valía por un ejército.

Mi General: mi espíritu se halla de tal modo abatido, que no me hallo en ánimo de mandar un solo soldado; pues mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y el ardiente celo por la patria suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así ruego á usted, ó que me destine á obedecer al más ínfimo oficial, ó bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al

perder á Puerto Cabello: á esto se añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insomnio, de tareas y de cuidados gravísimos, me hallo en una especie de enajenamiento mortal.

Voy á comenzar inmediatamente el parte detallado de las operaciones de las tropas que mandaba, y de las desgracias que han arruinado la ciudad de Puerto Cabello, para salvar en la opinión pública la elección de usted y mi honor. Yo hice mi deber, mi General; y si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo. Si me abandonaron, no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos, y comprometerlos á que salvarsen la patria; pero ¡ah! ésta se ha perdido en mis manos!

De su súbdito

S. BOLÍVAR.

¿Qué significan estas cartas? ¿Qué había sucedido para que Bolívar así se hubiese desanimado y afligido, hasta el punto de considerarse tan profundamente desgraciado?

Lo explicaré á los que no lo saben, y lo recordaré á los que lo han olvidado.

Nombrado el General Miranda Generalísimo de la Confederación Venezolana, confió la custodia de la plaza más importante de la nueva República—la de Puerto Cabello,—al Coronel Simón Bolívar, joven patriota ardorosísimo y de la confianza de todo el ejército.

Simón Bolívar (cuyo hermano —José Vicente— tan talentoso y tan patriota como él, acababa de perecer en un naufragio de regreso de los Estados Unidos, adonde había ido en misión diplomática como Enviado del recién instalado Gobierno Venezolano) no era aún bien conocido por sus hechos; pero los pueblos poseen á veces cierto dón profético que les hace distinguir, sin motivo aparente, aquellos que deben servirles después; así sucedía con el futuro Libertador: gozaba de gran popularidad en Venezuela, á pesar de que hasta entonces no se había hecho notar más que los demás patriotas caraqueños.

El joven Coronel deseaba más bien un empleo activo y no el de guardián de una fortaleza, y sólo aceptó aquel puesto por patriotismo.

La ciudad de Puerto Cabello estaba dominada por el castillo de San Felipe, y allí se encontraban entonces presos muchos españoles enemigos de la República y ciertos presidiarios y reos de malísima fama. Comandábalo un oficial llamado Ramón Aymerich, de toda la confianza de Bolívar, y éste á su turno había depositado la suya en un oficial canario llamado Francisco Fernández Vinony, Subteniente del batallón de milicias de Aragua.

Vinony ingresó en las filas republicanas nada más que con la esperanza de hacer fortuna á "río revuelto." "Era hombre de malos instintos, de una conducta detestable, sin honor y sin talento," dice Bolívar en el parte oficial que envió á Miranda después de los desgraciados sucesos que vamos á presenciar.

Empero, los superiores del ejército patriota no sabían que el Subteniente Vinony era un hipócrita, jugador de malísima ley, que había perdido en ello no solamente lo propio, que debió de ser poco, sino también se hallaba "quebrado de los fondos de su compañía." En semejante situación Vinony, no tuvo inconveniente en prestar oídos á las propuestas que le hicieron los presos, los cuales ofrecieron pagarle lo que pidiese si fraguaba con ellos una conspiración contra los patriotas. Convino en cuanto quisieron los enemigos; tanto más cuanto yá había abierto negociaciones con el jefe realista Monteverde, que era su paisano, el cual le ofrecía un puesto en el ejército español si convenía en entregarle la plaza.

Estaba todo arreglado, pero no había tenido oportunidad el traidor de poner en juego sus negros propósitos, hasta que el 30 de Junio de 1812, hallándose de guardia en el castillo de San Felipe, vio salir al Comandante Aymerich, y dirigirse tranquilamente á la ciudad, en busca del Coronel Bolívar.

No bien hubo visto que se le venía á las manos aquella oportunidad, cuando voló á los calabozos de los presos; abrió las puertas de par en par; desarmó á los soldados patriotas para armar á los enemigos, y subiendo á lo alto de la fortaleza, desplegó la bandera española, en medio de vítores á Fernando VII y mueras á Bolívar, á Miranda y á la República.

Hallábase Bolívar en su posada á medio día cuando se le presentaron dos oficiales á anunciarle que algo muy extraño

sucedía en el Castillo, pues se hallaba levado el puente y habían negado la entrada al Coronel Mires. En aquel momento llegó el Comandante Aymerich, el cual, alarmadísimo, salió con Bolívar á averiguar lo que sucedía.

Al ver izada la bandera roja de España, se quedaron atónitos, y en seguida corrieron á reunir los soldados de la guarnición para situarlos en la defensiva, pues la fortaleza vomitaba ya fuego sobre la espantada ciudad. Contestaron los patriotas con descargas de fusilería desde el muelle y la fortaleza llamada de Corito.

Entre tanto Bolívar mandó una intimación al Castillo ofreciendo libertad, vida y bienes á condición de que se entregasen con todos los pertrechos de guerra que allí había.

Hé aquí la contestación que obtuvo:

“El Comandante del castillo de San Felipe, de la plaza de Puerto Cabello, ha hecho enarbolar el pabellón del Rey, nuestro señor D. Fernando VII, y como sus fieles vasallos prometen defenderlo hasta derramar la última gota de su sangre y ha intimado la rendición de la plaza al Comandante de ella, inteligenciado que lo demás es una temeridad, y querer derramar sangre inútilmente, etc.....

“(Firmado) FRANCISCO FERNANDEZ VINONY.”

Dos, tres veces intimó Bolívar á los facciosos que se rindiesen, pero en vano: continuaban arrojando un activísimo fuego sobre la ciudad; los habitantes de ella, aterrados, huyeron despavoridos á los campos vecinos; además algunos oficiales y soldados se aprovecharon del desorden que reinaba en la población para pasarse al enemigo unos, y enviar mensajeros otros á Monteverde para que apresurase su marcha en auxilio de la rebelión.

Los sublevados de San Felipe tomaron las embarcaciones que había surtas en el puerto, y sólo logró salvarse el bergantín *Celoso*, el cual se fue á asilar al puerto de Burburata.

En aquella situación angustiosa supo Bolívar que se dirigía á atacarle una fuerza realista, la cual había derrotado un destacamento que se hallaba en el Palito y marchaba sobre Puerto Cabello. Bolívar reunió entonces el mayor número de tropas de que podía disponer, las cuales apenas alcanzaron á 200 hombres, los que, al mando de los Coroneles Mires, Montilla y Jalon, salieron de la ciudad con intención de tratar de detener á los enemigos. En breve éstos se encontraron con un fuerte cuerpo de corianos que derrotaron y dispersaron á los

patriotas, quedando muchos muertos y heridos en el campo y entre los prisioneros el bravo Coronel Jalon, "cuya pérdida, dice Bolívar en el parte oficial, es bien lamentable y costosa." (1)

Mires y Montilla se salvaron con siete hombres y regresaron á dar cuenta á Bolívar de lo sucedido. Por junto no tenían yá sino cuarenta hombres de armas llevar; sin embargo, Bolívar pretendía seguir defendiéndose con ellos; pero aquello era una verdadera demencia; los soldados desertaron y no quedaron yá sino los oficiales de la plana mayor; éstos persuadieron al futuro Libertador de que la patria nada ganaría con su sacrificio y sí mucho si seguían trabajando en favor de ella; lleváronle casi por la fuerza hasta la playa de Burburata, en donde podían embarcarse en el bergantín *Celoso*, allí anclado.

Mientras que Mires, Carabaño, Aymerich, Montilla y Rivas (los cuales desempeñaron después tan brillante papel en la guerra de la Independencia) embarcaban los pertrechos y los víveres que pudieron salvar, Bolívar vio que se ocultaba detrás de una tapia un hombre; lo llamó: era un pobre artesano que había salido de la ciudad huyendo de los peligros.

—Venga usted acá, le dijo el Coronel Bolívar, y no tenga cuidado.... dígame usted: ¿conoce al Subteniente Fernández Vinony?

—Sí, señor.... ¿el que se sublevó en el Castillo?

—El mismo.... pues bien, amigo mío, ¿quiere usted hacerme un servicio que estimaré?

—Con mucho gusto, mi Coronel.... si está en mi mano.

—Concluído el tiroteo, y vuelto el traidor á la ciudad, búsquelo usted y dígame de mi parte lo siguiente.... ¿me atiende usted?

[1] Era el Coronel Diego Jalon español de nacimiento, pero había tomado con entusiasmo el partido de los americanos desde la declaratoria de la Independencia en Venezuela. Había combatido con gran brío contra sus compatriotas, y siempre con éxito desgraciado, en Carora, San Carlos, y estaba en Puerto Cabello cuando Bolívar se hizo cargo de esa plaza. Duró mucho tiempo prisionero de Monteverde, y cuando al fin recuperó su libertad, no fue sino para volver á tomar las armas con los americanos. Desgraciadamente cayó prisionero por segunda vez en la acción de La Puerta [15 de Junio de 1814], y Boves —dice Larrazábal— "para ostentar mejor su feroz frialdad, sentó á comer á su mesa al Coronel Jalon, que fue una de las últimas víctimas en esta ocasión, y concluída la comida, en la misma mesa y á presencia del dicho Coronel, le mandó ahorcar, y que su cabeza la llevasen á Calabozo, en presente agradable á sus amigos."

—Sí, señor; ¿qué le digo?

—Que Simón Bolívar no olvida jamás nada ni á nadie, y que al tiempo de partir de esta playa juró sobre su honor que el momento en que volviera á ver al traidor Vinony, sea en donde fuere, ese será el último de la vida de ese hombre.... ¿me ha entendido usted?

Y al decir esas palabras fijó su mirada luminosa, y en aquel instante terrible, sobre el espantado artesano, el cual casi perdió la vista, como si delante de sus ojos hubiera pasado un refulgente rayo.

—Cuento con que no olvidará mis palabras, repuso el Libertador, y que las repetirá como las he dicho.

Dijo, y volviendo la espalda á su mensajero, saltó en la lancha que le debía conducir al bergantín, pero no antes de haber arrojado una onza de oro á los pies del artesano.

II

1819

—¡Prisionero, y prisionero de Simón Bolívar!.... ¡que desgracia! Si fuera otro el jefe, no me causaría tanto....

—¿Miedo?

—¡Sí... miedo, espanto!

—¿Y por qué?

—Porque juró vengarse ... y lo conozco; será capaz de matarme.

—Posible será eso; pero si ese pícaro insurgente nos manda fusilar, será á todos los oficiales y no á ti únicamente.

—Aquí sólo yo corro riesgo.... pues Bolívar no es cruel, ni sanguinario, lo confieso á pesar de que lo odio....

—¿Y te crees tan importante?.... Un simple capitán, cuyo nombre nadie conoce, me parece que no es enemigo tan formidable que te escoja el vencedor para saciar en ti su saña....

—Eso dices porque no sabes....

—¿Qué?

—¿No te he dicho que juró vengarse.... Hace siete años que le huyo.... siempre he procurado estar lo más lejos posible de Bolívar. Ahora vivía tranquilo en Bogotá; ¿cómo había de pensar que viniera tras de mí desde Angostura?

—Vaya, vaya, amigo Vinony; estás delirando.... Hace años que te conozco; ¿qué enemistad puede tener contigo el que llaman en Venezuela Libertador?

—Mira; yo entregué el castillo de San Felipe y la plaza de Puerto Cabello en manos de los realistas.... ¡y por cierto que no recibí la recompensa que esperaba!

—¿Y eso cuando fue?

—El año doce.

—¡Siete años! Bolívar no puede acordarse de ti.

—Tengo mucho miedo.

—Gallina!....

—Préstame la cantimplora para echar un trago de aguardiente.

—Nó; perderás la cabeza ... y hablarás disparates.

—Perderé la cabeza, pero no como tú piensas.

—¿Tiemblas?

—Tiemblo.... se me turba la vista.... oigo los pasos de mi enemigo que se acerca; ¡por Dios! dame ese trago para tener ánimo.

—¡Tóma! ¡Me da vergüenza ver un oficial tan cobarde!

—Estoy en capilla.... lo siento.

Aquella conversación pasaba entre dos oficiales subalternos del ejército de Barreiro, que habían caído presos en la batalla de Boyacá. Habíanlos formado en larga fila para que el Libertador pasara revista.

En siete años que perdimos de vista al joven Coronel Bolívar, de simple oficial desconocido, se había convertido en un héroe; era yá el primer guerrero de América, y acababa de llevar á cabo una de las campañas más asombrosas del mundo, coronada por la espléndida batalla de Boyacá.

Antes de ir á recoger los merecidos laureles que le aguardan en Bogotá, Bolívar, rodeado de su Estado Mayor, llevando á su lado al General Santander, á Anzoátegui, á los Jefes de la Legión Británica, se acercaba departiendo con ellos lleno de alegría. Redoblaron los tambores, batieron las banderas los batallones vencedores y el Libertador empezó á pasar revista á los prisioneros, fijando su mirada sobre cada uno con cierta indiferencia, pues más atendía á los argumentos de los que lo rodeaban que á las figuras humilladas de los vencidos, los cuales se descubrían instintivamente al verlo acercarse.

—¡Por Dios! dijo Vinony á su compañero, ocúltame con tu cuerpo....

—¡Zopenco! repuso el otro en voz baja; ¿te figuras que el General vencedor se acordará de ti?

—¡Ah!.... suspiró el otro bajando la cabeza con abatimiento.

Una voz estridente, metálica, aguda, llegó inmediatamente á sus oídos. El Libertador se había detenido ante del grupo de oficiales subalternos que rodeaban al aterrado Vinony.

—¡Levante usted la cabeza! exclamaba Bolívar dirigiéndose á él.

El otro la bajó más y tambaleó; flaqueáronle las piernas.

—Este es un traidor, repuso el Libertador, señalando al prisionero; para esta clase de hombres no hay misericordia.

El desdichado canario fuera de sí cayó de rodillas delante de Bolívar, el cual dio un paso atrás.

—Cumpló mi palabra, dijo con aire de desprecio, casi de asco: Francisco Fernández Vinony, prepárese para morir inmediatamente!

Al hablar así le volvió la espalda.

—¡Miseri-cor-dia!.... balbuceó el miserable.

Pero yá el Libertador se había alejado, después de haber pronunciado las siguientes palabras:

—¡Que ahorquen á ese traidor dentro de una hora; para él no hay perdón!

Mientras que levantaban del suelo al desdichado, en donde permaneció casi sin sentido, el Libertador daba sus últimas órdenes: encargó al Teniente-coronel París que condujese á los demás prisioneros á Bogotá con todas las consideraciones del caso, y montó á caballo y se dirigió á la capital seguido de algunos de sus guardias de honor.

Aún se veía á lo lejos el polvo que levantaba el escuadrón que rodeaba al Libertador, cuando yá Francisco Vinony exhalaba el último suspiro colgado de un árbol cercano.

Así cumplía siempre Bolívar lo que ofrecía.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER.

Bogotá, 29 de Junio de 1890.

EXHUMACIONES DE UNA GAVETA

Señor Director de la REVISTA LITERARIA.

Se empeña usted en que le he de enviar algún escrito mío. A usted es difícil echarle nones, y para no echárselos, me veo forzado á enviarle tres cosas viejas que he hallado entre mis papeles.

Una de ellas es la carta que dirigí á mi amigo D. José Caicedo Rojas cuando escribió un prólogo para el libro titulado *Obras escogidas de J. Manuel Marroquín*, que publicó la imprenta de *El Tradicionista*, prólogo en que, mostrándose mejor amigo que crítico, puso en las nubes el mérito de aquellas obras.

Lo que dije al señor Caicedo en aquella carta acerca de mi literatura, se lo digo á usted, que toma tan á pechos el que, en su yá acreditada REVISTA, se publique algún escrito mío, y á usted le debo el mismo reconocimiento que al señor Caicedo Rojas, pues usted como él ha expuesto su reputación de hombre de buen gusto por lisonjear el amor propio de quien tiene tan pocos méritos literarios de que envanecerse como su afectísimo y agradecido amigo,

J. MANUEL MARROQUÍN.

I

AL AUTOR ANÓNIMO

del prólogo á las *Obras escogidas de J. M. M.*

Mi querido anónimo:

No me ha hecho usted poco disfavor ofreciendo á los lectores de las tales *Obras Escogidas* un término de comparación tal, que aunque ellas no fueran, como son, un montón de cosas de que puede decirse: “éntre el diablo y escoja,” no podría dejar de perjudicarlas en sumo grado. Parece que lo ha hecho usted aposta y que había reservado para el dicho prólogo lo mejor entre todo lo que podía sacar á luz en materia de decir bien, á fin de convertir en materia de un ameno, discreto y

florido razonamiento lo que para cualquier otro escritor lo hubiera sido de un juicio pesado y mazorril.

Pero si usted me las queda debiendo por este lado, siempre resulta en nuestras cuentas una diferencia á favor suyo, porque, si bien la comparación entre el prólogo y lo prologuizado ha de ceder en menoscabo de esto último y del aprecio que los lectores han de hacer de mis escritos, los elogios que en aquél se me hacen me cargan con una deuda mucho mayor que aquella que para conmigo ha contraído usted. Jamás hubiera yo podido ni debido aguardar que mis escritos me granjearan tanta estimación como la que deberé á esos elogios dados por quien, al darlos en la forma en que los da, presenta el título que posee para ser tenido por juez irrecusable en materia de letras.

Para que usted sepa qué es lo que ha encomiado en el prólogo y cómo ha comprometido su reputación al publicarlo, voy á escribir á continuación—¿sabe usted qué?—nada menos que mis memorias. En ellas verá usted lo que es mi literatura.

A mí me vino la afición á leer tan temprano como la santidad les venía á los santos del *Año Cristiano*; pero como no leía sino por pasatiempo, buscaba entre los libros que había en casa los más entretenidos. Así di con el *Quijote*, *La Conquista de México* de Solís, la *Vida de Cicerón* traducida por Azara, la *Biblioteca selecta de literatura española*, las obras de D. Leandro de Moratín y las de D. Tomás de Iriarte. Acababa de leer esta serie de libros y la volvía á empezar como si no hubiera más libros en el mundo. En esto quedaron encerrados todos mis estudios sobre la literatura española.

No fueron más extensos los que hice de los clásicos latinos, porque en el Seminario, que fue donde hice mis estudios de literatura y filosofía y por supuesto el de latinidad, los profesores ó maestros de este ramo se mudaban muchas veces en el año. El último, esto es, el 8.º ó 9.º, era malo, y nunca habíamos empeorado.

Se me olvidaba el principio. Antes de la fundación del Seminario, había yo sido colocado en la tercera casa de educación, que era el colegio de D. Mateo Esquiaqui. Era allí catedrático de cachifa, no de latín, D. Pascual Sánchez, q. e. p. d., como también D. Mateo. D. Pascual nos hacía tomar las lec-

ciones por tomadores, nos hacía explicaciones á gritos, llevando el compás con la férula y dando con ella terribles golpes sobre la mesa, nos echaba traducción de las fábulas de Fedro, y nosotros la dábamos *soplándonos por el comentario*. En lo mejor estaba yo, de mis estudios de cachifa, cuando tuve una quimera con un patán que le alzaba los fuelles á D. Pascual; el patán me levantó un falso testimonio, D. Pascual me mandó pasar al rincón, y yo, siguiendo el ejemplo del novicio ó devoto del convento de San Agustín, que

*Estando para
Y habiendo de,
Se alzó las faldas
Y echó á correr,*

me arregacé el capote, y, dejando el sombrero, el Nebrija, el Fedro, el Arte explicado y el Masústegui, partí á correr para casa. D. Pascual ordenó á un patán que se llamaba César Vásquez, que me siguiera y me atrapara; yo sentí que me iba alcanzando algunos pasos antes de la puerta del colegio, y, viéndome perdido, me eché al suelo poniéndomele atravesado en cuatro pies. El patán cayó, yo salté por encima de él, y seguí para casa, no sin imaginar que toda la ciudad tenía fijos en mí los ojos y perdía el tino por explicarse cómo venía yo sin sombrero. Mis quejas fueron atendidas en casa; fui sacado de la tercera casa de educación y destinado... ¿á que no adivina usted á qué? á la pintura. Esto no necesita comentarios; pero si los necesitare, yo le mostraré á usted una Dolorosa (quizá mi obra maestra), que es el mejor comentario. Año y medio permanecí cultivando el arte sin que ni Simón Cárdenas, ni Figueroa, ni D. Victorino García, ni D. Pacho Ibarra, que fueron los maestros que tuve, hubieran caído en la cuenta de que yo, gracias á mi miopía y á otras mil dotes peores aún que ésa, parecía haber nacido de propósito para hacerles contrapeso á todos los pintores, desde Timantos, Parrasio, Zeuzis y Apeles hasta el Coronel Gabriel Tatis.

Volvamos ahora al Seminario. Allí, si bien mis estudios no eran los mejores para un literato en ciernes, no me faltó modo de empezar á ejercitarme en el arte de escribir. Mi vocación ha sido, desde entonces hasta hoy, la de parodiar, la de sacar partido de la literatura para jugar con ella misma, la de producir cosas grotescamente monstruosas, como, según he

oído decir, lo hacía mi cuasi-comprofesor Goya. Mi primer ensayo fue una Geografía del país de los Pachistas, parodia de la de Letronne. Los Pachistas eran ciertos estudiantes del Seminario que recibían un ligero baño de Teología moral estudiando la del P. Francisco Lárraga, para poderse ordenar á los dos años de haber salido de su tierra. Eran en el Seminario lo que los beocios en Grecia, lo que los parias en la India: blanco forzoso de todas las zumbas, de todos los chistes, de todos los dicharachos que se proferían. Aquella Geografía, que iba acompañada de su juego de mapas, no contenía nombre de continente, isla, mar, lago, río, golfo, reino, ciudad, montaña, puerto, cabo ó promontorio, que no aludiera al nombre de algún pachista ó á alguna de las circunstancias que motejábamos en ellos.

Siguió á la Geografía un programa del arte de cocina, parodia de los que, en cumplimiento del plan de estudios, se compusieron entonces para nuestro uso. Sirvióme particularmente de pauta el de Física, que tenía la singularidad de estar todo en forma de preguntas, de suerte que contenía muchas como estas: ¿Meteoros acuosos? ¿Lluvia? ¿Granizo? En seguida vino una epístola de San Pablo á los filósofos, es decir, á mí y á mis compañeros, en que nos exhortaba á estar vigilantes contra los Pachistas y en que nos proponía muchas otras reglas de conducta.

Los seminaristas grandes formaron una república, en la que había periódicos. Mi comezón de escribir se había aumentado porque (sea dicho sin vanidad, y también sin modestia) mis primeros ensayos me habían valido triunfos brillantes. Yo fundé periódico y lo puse en circulación sin dejar conocer que era mío. El primer número hizo fiasco. Entonces concebí y llevé á cabo el designio de escribir otro que impugnara al primero y que fuera en todo diametralmente opuesto á él. La cosa tuvo efecto maravilloso. Yo gozaba doblemente con los aplausos que recibía el que tenía buena aceptación y con las fáciles victorias que alcanzaba sobre un enemigo que no tenía más fuerzas que las que yo mismo quería darle. No pasaré en silencio que para uno de los números de mis periódicos escribí un artículo de costumbres en que pretendí pintar los bailes sin haber asistido en mi vida á ninguno. Desde entonces per-

dí el derecho de burlarme de cierto amigo mío un poco bobalicón, que le decía á su padre: "Lléveme á *maroma*, porque yo no he visto *maroma* sino pintada, y eso porque la pinté yo." (1)

Desde antes de esto estaba yo íntimamente ligado con Luis Lizarralde, joven inteligente y aprovechado, de grandes disposiciones para la poesía, que había hecho yá muchos versos. Esto, y el saber yo que mi tío D. Andrés Marroquín, á quien había alcanzado á conocer y á quien había querido mucho, los había hecho, me hacían mirar como cosa natural é imprescindible el ser poeta. Mi primera composición fue un romancito que se titula *Gil González*, cuyo argumento es un cuento harto sucio. Luégo, en un cumpleaños mío, me metí á hacer un romance endecasílabo elegíaco y llorón, que resultó de un mérito muy semejante al de mi Dolorosa. No sé si porque lo conocí inmediatamente, ó porque mi genio me inclinaba á otra cosa, dejé ese sendero, volví al usado, y compuse la *Canción del Pirata*, en que no hay otro mérito que el del arrojito para escribir porquerías, pero que tuvo la honra de ser reproducido en numerosas copias.

En una cosa me he parecido al verbo, según como lo considera cierto gramático, y á José Eusebio Caro, según como lo considera Miguel Antonio: en que he tenido tres modos ó maneras. Mi primer modo fue el que queda indicado.

Siendo yo estudiante de la Universidad, me ligué estrechamente con Vicente Herrera, Mariano Manrique y Pedro Alcántara Camacho, mozos aficionados por todo extremo á la poesía, y todos cuatro nos dimos á leer y á recitar versos de D. Salvador Bermúdez de Castro, de Zorrilla y de Abigaíl Lozano, y del poco estudiar y del mucho leer se nos vino á meter en la cabeza que éramos poetas, y no de los medianos, sin más motivo ni fundamento para ello que el sentir aquellas impresiones sin nombre, aquellos deseos vagos y sin objeto que siente todo el que no baja de los diez y ocho ni pasa de los treinta; con lo que hubimos de ponernos á escribir melancólicas y lúgubres octavas italianas (y también estrofas de otros géneros) en que llorábamos desengaños, ilusiones muertas y otras desgracias que así sean todas las que Dios me envíe; componíamos asimismo

(1) Se da en Bogotá el nombre de *maroma* al espectáculo que dan los volatines y los acróbatas.

leyendas de monjas robadas, de duendes y aparecidos; y tratábamos de ajustar nuestra vida puntualmente á las reglas del romanticismo. Cuando leí *El Romanticismo y los Románticos* del *Curioso Parlante*, no me cayeron en gracia ni me cogieron de nuevo los títulos de las composiciones ni la historia del sobrino, porque mis compañeros y yo habíamos ido más adelante. Hay que confesar que en esa época recibí pocos aplausos y que no hubo más que un alma de Dios que publicara versos míos creyendo publicar cosa buena; pero maldito el caso que yo hacía de la indiferencia general, cuando no podía dejar de atribuírla, según las reglas de la estrecha orden que profesaba, á que el mundo no me comprendía. En esa época hice tantas Dolorosas como composiciones. Por dos letras no fuí autor de *doloras* antes que Campoamor.

Este mi segundo modo vino á terminar con motivo de haber yo hecho unos ejercicios espirituales. Merced á la claridad de percepción y la rectitud de juicio que da la meditación, eché de ver que aunque en rigor el romanticismo y las octavas italianas no fueran pecado, eran cosas inseparables de una situación poco conforme con la vida cristiana. El mismo día en que salí de los ejercicios ardieron todos los trabajos de la segunda manera, en amor y compañía con los papeles en que había apuntado los pecados para mi confesión general.

Esto pasaba en 1849. De ahí hasta 1851 hubo un interregno, una época de transición, un paréntesis, que no perteneció á ninguna de las tres maneras. No escribí sino lo poco que publiqué en el famoso periódico llamado *La Revolución*, que fundámos Vicente Herrera y yo, él demagogo de catorce suelas, y yo jesuíta de 1,100 milésimos; periódico cuyos siete números produjeron once pesos sencillos, tanto de suscripciones como de venta de números sueltos; y ahí está nuestro agente Antonio María Pradilla, que no me dejará mentir. Para folletín de *La Revolución* escribí un artículo de costumbres titulado *La muerte en casa*, primer preludio del tercer modo.

En 1851 fundé mi colegio y me di á una vida seria y laboriosa. Si mis estudios anteriores hubieran sido de sustancia, entonces los habría hecho sólidos y quizá profundos, pero, como había perdido lastimosamente el tiempo en que debía haber hecho los elementales, tuve que consagrar á éstos el

tiempo que me quedaba. En los once años de mis titulados estudios no se había presentado ocasión de estudiar Gramática castellana. El de 51 empecé á estudiarla enseñándola.

Entre 1851 y 1858 no escribí en verso sino *La Perrilla*, *Júpiter y una sabandija*, una carta á P. C. Rincón, y otras bagatelas de cuantía mucho menor, composiciones que pertenecían yá á la tercera manera. Muestras de ésta en prosa no hubo sino más tarde. Lo que hice fuera de esos versos, fueron comedias para mi teatro casero.

En 1858 leí *La Perrilla* á Santiago Pérez, él se la hizo conocer á su hermano Felipe, y éste la publicó en la *Biblioteca de Señoritas*. Vergara y Carrasquilla, con quienes yo había tenido siempre amistad, aunque sin trato frecuente, y con quienes nunca había hablado de literatura, cuando vieron *La Perrilla* me escribieron una carta en verso preguntándome si esa perra no tenía cachorros, y pidiéndomelos en caso que los tuviera. Yo les contesté enviándoles una colección de mis versos con la dedicatoria que usted conoce. Desde entonces se estableció entre los tres ese vínculo que también conoce usted, y hubo para mí un estímulo de que antes carecía, pero que yá venía tarde: yá no era tiempo de trabajar para adelantar, sino de producir los frutos de lo hecho hasta entonces, que, en suma, era nada. De ahí en adelante mis relaciones con usted, mi querido anónimo, y con otros escritores, y mi participación en *El Mosaico*, forman la historia de mi literatura. Diga usted, con la mano sobre el corazón (ó aunque sea entre el bolsillo), si con tales antecedentes es humanamente posible que en mí se halle algo de lo que reza el prólogo.

Vencerlo á usted, confundirlo, anonadarlo en este terreno, me es demasiado fácil; por fortuna, mientras más brillante y más fácil sea mi victoria, más tengo que reconocer y que agradecer los sentimientos que á usted le han dictado ese prólogo, que es para mí un disfavor como 100 y un favor como 1,000.

II

CÓMO SE DIO Á CONOCER JORGE ISAACS

(En el álbum de Teodoro Valenzuela).

Entre mis recuerdos ocupa lugar muy señalado el de un hecho cuya relación, si fuera publicada por los que en él tuvimos parte, nos granjearía la nota de presuntuosos. En ninguna parte puede consignarse mejor que en este libro.

José María Vergara y Vergara, tan apasionado por la gloria de los demás como por la literatura, estaba en el año de 1864 entregado á ciertos prosaicos negocios. Para tratar de uno de ellos, le buscó un día del mes de Mayo de 1864 un joven caucano á quien no conocía. En la entrevista que tuvieron, desviada casualmente la conversación del asunto principal, hubo algo que diera pie á Vergara para preguntar á su interlocutor si había escrito versos. Nada menos que un libro lleno de los que en diferentes épocas de su vida había compuesto, prometió mostrarle; en la noche de ese mismo día se los estaba leyendo en su casa, y en la de otro amigo nuéstro se repitió la lectura la noche siguiente, estando presentes el dueño de casa, que era Ricardo Carrasquilla, Vergara y yo.

Tenían lugar entonces los inolvidables *mosaicos*, ágapes literarios en que la común afición á las letras engendró una santa fraternidad. *El Mosaico* era una sociedad sin lista de miembros, sin presidente, sin reglamento, sin objeto ostensible, que no por carecer de todo esto, dejó de ser fecunda. Ese *carecer* fue *tener*.

La noche de que últimamente he hecho mención quedó acordado que el joven caucano sería presentado al *Mosaico* en su inmediata reunión, á la que debería ir con su libro de versos.

La reunión fue en casa de José María Samper. Trece éramos los que habíamos concurrido. La presencia de nuestro nuevo amigo, á quien recibimos como si lo hubiese sido de muy antiguo, conjuraba todo siniestro agüero que un inglés hubiera podido sacar de aquel número. Cuando rayó la aurora nos separámos. Pero yá había rayado á esa hora la de la fama del

poeta: cada uno de nosotros llevaba admiración, entusiasmo, cariño por él, bastantes para hacer rebosar esos sentimientos sobre todos los colombianos.

El había ganado de un golpe trece amigos, y esa amistad se hizo contagiosa: pronto lo eran suyos todos los que lo eran nuéstros. Aquella noche se había dictado un acuerdo (el único que se dictó, el único que ocurrió dictar mientras duró *El Mosaico*). Este acuerdo decía en sustancia: "Los infrascritos publicarán inmediatamente, á costa suya, las poesías de Jorge Isaacs." Las firmas que se pusieron esa noche fueron trece; pero uno de los nuéstros, que no había podido concurrir, estampó la suya al día siguiente.

La colección de las poesías de Isaacs estaba impresa, y bellamente impresa, pocos días después. Isaacs había recibido una revelación de sus propias fuerzas y se sentía estimulado á ensayarlas. Sin esto, el mundo literario no hubiera poseído nunca *La María*.

Nosotros creímos quizá no hacer otra cosa que dejarnos impulsar del entusiasmo, desahogar un sentimiento noble (muy opuesto ciertamente al de envidia, que se atribuye á los literatos); pero estuvimos lejos de pensar en la importancia de lo que hicimos. Siempre se ha dicho, y no sin razón, que aquí no podemos cultivar las letras con esperanza de otra satisfacción que la de poderle señalar á un amigo los frutos de nuestras tareas; y aun hay casos en que los autores, á semejanza de aquellos animales ovíparos que no encoban, ignoran qué suerte corren en el mundo las producciones que se les deben.

Isaacs tuvo la satisfacción, no yá de leer sus poesías á muchos amigos, sino la de convertir en amigos á muchos desconocidos leyéndoles sus versos.

No es fácil que en los países más cultos haya habido quien gane su fama de un modo tan envidiable: él había ido escribiendo para dar desahogo á sus sentimientos, y había ido guardando sus manuscritos; de un golpe, en una sola noche, pudo saborear el placer de verse comprendido, aplaudido, estimado en lo que vale.

No había habido ocasión de que la crítica envidiosa ni la indiferencia (más irritante todavía) le hicieran probar los sinsabores por que pasa quien va recogiendo sus laureles poco á poco.

La literatura no produce dinero en nuestra tierra; aun en otras mejores se habla mucho de poetas que mueren en el hospital. Isaacs ganó dinero con la publicación de su novela. De esto no se debería hablar, porque es indigno; pero hay que decirlo, porque es muy significativo. El libro de ventas de quien expende una obra, es un instrumento que señala los grados del mérito del autor. A lo que indica este instrumento no pueden oponer nada ni la crítica docta ni la ignorancia del vulgo.

Isaacs ha sido el más afortunado de los colombianos que han cultivado las bellas letras, y merecía serlo.

A los que formábamos *El Mosaico* nos cabe la satisfacción de haber demostrado siquiera con un ejemplo que entre nosotros sí puede ser estimado el ingenio y recompensado el mérito.

III

DE CÓMO TRABÉ AMISTAD CON PÉPE SAMPER

(En el álbum del mismo).

El día 4 de Febrero de 1845, que era el último de los del Carnaval de aquel año, hormigueaba el gentío en la plazoleta de la Peña y en el camino que desde Bogotá conduce á la ermita.

Centenares de colegiales maleantes y traviosos, que se habían agolpado á la plazoleta, habían conseguido el designio de formar un cordón á fin de impedir la salida á todos los que dentro de aquel recinto se hallaban.

Un italiano, cocinero del Internuncio Apostólico, era uno de los concurrentes. Montaba un hermoso rucio rodado, y estaba á la sazón requiriendo de amores á una dama; mas, como aquel entretenimiento le hubiera cansado, volvió las riendas para encaminarse á una de las salidas, y no tardó en descubrir que se intentaba cerrarle el paso. Ayudado entonces de su animoso corazón, puso espuelas á su caballo y en agresivo ademán embistió contra uno de los grupos que guardaban la salida y que se componía de tres estudiantes. Era el uno un mocetón fornido, de ensortijada y rubia melena y de turbulenta condición. El segundo era de estatura menos que mediana, un sí es no es

cargadillo de espaldas y sobre toda ponderación narigudo. El tercero era un humilde cachifo (1) que pretendía pasar plaza de díscolo asociándose á los otros dos, que á todas luces eran más belicosos y emprendedores.

Resueltos y determinados todos tres á resistir el violento empuje del descendiente de los conquistadores del mundo, aguardan el choque á pie firme, y en el momento decisivo, el mocetón de la ensortijada cabellera echa mano á las riendas del caballo y logra detenerle; su narigudo compañero levanta, en actitud amenazadora, un bastón, al que servía de puño un turco de porcelana más narigudo todavía que su dueño; pero al tercero de los atacados, ¡pesia su mala estrella! no le toca desempeñar otro papel que el de testigo del suceso.

Hubo un momento de indescriptible confusión, en el cual, no se sabe cómo, la pungente nariz del turco topó con la del romano, de que resultó que de esta última empezó á manar un hilo de sangre.

Gran ruido hizo entre la estudiantina aquel acontecimiento, y no poco hinchado quedó nuestro aspirante á la tnantería viendo que se le contaba entre los héroes de la jornada.

Antes que hubiesen transcurrido veinticuatro horas, la Nunciatura había requerido al Secretario de Relaciones Exteriores y éste al Juez competente á fin de que se hiciese caer todo el rigor de las leyes sobre los violadores de la inmunidad diplomático-culinaria.

Instruyóse el sumario, y de los primeros procedimientos resultó que el humilde cachifo fue citado como testigo.

Notificósele esto en la malhadada tarde del día 7, y ¿quién podrá pintar lo riguroso de la batalla que se dio en su interior entre su conciencia y su amor propio? Horrorizábale el perjurio, pero la idea de mostrarse como delator de sus compañeros despedazaba su corazón, le humillaba y le llenaba de vergüenza.

Preciso es hacer notar en este punto que, entre los cachifos de aquel tiempo, tratar familiarmente al turbulento mocetón que figura en primer término en este cuadro y que era uno de los más conspicuos y el más arrogante y el más bullicioso de los juristas, había venido á ser objeto de una ardiente ambición.

[1] *Cachifo* significa estudiante de latinidad; ahora emplean malamente esa palabra para designar á cualquier niño ó adolescente.

Ahora bien, para el cachifo mencionado, declarar la verdad era perder la única ocasión que en su vida podía presentársele para hombrearse con él.

Llega finalmente el instante crítico, y el acuitado testigo se presenta en el Juzgado de Hacienda trémulo y conturbado y sin haber acabado de deliberar sobre la conducta que debe seguir en el apuradísimo trance. Presta temblando el terrible juramento, y al pronunciarlo, le parece oír la rechifla y el grito de execración que entre todos sus colegas ha de levantarse si delata á sus camaradas.

Expone su edad, vecindad y generales con voz conmovida y desmayada.

En seguida le pregunta el juez, Doctor José María Latorre Uribe, si en el lance de la Peña vio cómo el señor Santiago Izquierdo tomó las riendas del caballo del señor Domínico.

“¡Que no es cierto el contenido de la pregunta”!!!, exclamó el declarante en el colmo de la alegría.

Santiago Izquierdo era el de la nariz y el del bastón, y nada había tenido que ver con las riendas.

Sigue el interrogatorio: “Diga usted cómo es cierto que el señor José María Samper hirió con un bastón al señor....”

“¡Que el contenido de la pregunta no es cierto”!!! se apresura á interrumpir en un éxtasis de júbilo.


José María Samper era el de la blonda melena, y nada había tenido que ver con bastón alguno.

Los frenos se habían trocado; yá no podía caer sobre el ambicioso cachifo la nota de desleal ni la de perjurio. Estaba salvado, y sus compañeros no dejaron de admirarle como á uno de los héroes del 4 de Febrero.

Terminada la diligencia judicial, se le ordenó al declarante que la firmase, y él lo hizo escribiendo al pie:

J. MANUEL MARROQUÍN.

Mayo de 1864.



SOLTERO

Manuel se había vuelto avaro, completamente avaro. Ni en el teatro, ni en el club, ni en los salones le hallaban sus amigos. Su vestido, antes el más correcto, era ahora abandonado. A nadie había vuelto á hacer un obsequio. ¿Por qué tanta avaricia en un joven de veinticinco años? Vais á saberlo.

Manuel fue mi compañero de estudios desde mi infancia. Juntos aprendimos á leer en un mismo libro y á escribir en una misma mesa. Él siempre me recordaba aquel día en que lo llevó, llorando, su buena madre á la escuela, con su pequeño taburete y su lujosa citología, y lo hicieron sentar á mi lado. Poco rato después éramos buenos amigos. En la escuela sólo había seis niños y la dirigían dos pobres señoras que entonces creíamos nosotros unas hidras, y hoy las tenemos por unas santas.

Después, cuando ya necesitó nuestro espíritu algo que no fuera solamente oír de los labios de ancianas preceptoras las parábolas de Cristo y los viajes de Colón, fuimos llevados á diferentes colegios y estuvimos separados algunos años. Pero más tarde, al entrar ya ambos en los diez y nueve años, nos volvimos á hallar en las aulas de Derecho.

Manuel había perdido hacía poco tiempo á su padre, y como éste, en vida, había manifestado deseos de ver á su hijo en la carrera del foro, cumplía Manuel su santa voluntad. Un hermano de su madre, hombre honrado y trabajador, costeaba su educación. La casa de su tío era pobre, como que sólo la sostenía el pequeño sueldo que él devengaba en alguna oficina pública, pero resolvió sentar á su mesa á Manuel y su madre, al rededor de cuyo hogar enlutado rondaba el fantasma de la miseria.

Juntos seguimos entonces nuestros estudios. Sentados unas veces en las duras bancas y otras paseando en los largos corredores, leía el uno, y el otro repetía ya los artículos del Código sobre la patria potestad, ya las doctrinas constitucionales sobre la división de los poderes.

Manuel no era amigo de las leyes. Su amor estaba en

la poesía. Siempre cuando veía la luna á través de los cristales del cuarto de estudio, ó cuando oía silbar lúgubrementemente el viento por las rendijas de las puertas, lanzaba un suspiro y tenía tentaciones de arrojar aquellos libros fríos y prosaicos debajo de la mesa, y coger la pluma y derramar en un papel yo no sé qué extrañas ideas, pero recordaba á su padre, á quien había ofrecido ser el abogado de la familia; veía á su madre, que gozaría tanto en el día de su grado; pensaba en su pequeña hermana, á quien él debía cuidar y sostener. La poesía le daría quizá gloria, pero la gloria, todo el mundo lo sabe, es humo y nada más. Y entonces, al meditar en esto mi condiscípulo, volvía á encorvarse sobre el árido libro, y con las manos crispadas arrugaba las hojas de la ley sustantiva. Desde esos días comprendí que Manuel tenía un alma dispuesta al sacrificio. Fue, á pesar de su repugnancia para la carrera forense, el mejor estudiante en esa época; y al fin una noche, en el mes de Diciembre, cinco profesores le dieron el título de doctor después de un examen de tres horas.

En su profesión tuvo éxito brillante. Numerosa clientela y crecidos honorarios fueron el premio que la Providencia dio al que había sido buen hijo y abnegado estudiante. A veces la lucha con *tinterillos* de mala ley ó con perczosos empleados lo desesperaba, mas como él sabía que el trabajo es ley divina, ineludible, no desmayaba en su faena.

Pero Manuel tenía numerosos gastos. Con algo ayudaba á su protector á sostener el hogar, y el resto lo dejaba en cualquier parte. Generoso y espiritual, estaba dondequiera que había belleza y buen humor, ó donde podía enjugar una lágrima. Y despilfarró cuanto había ganado hasta el día en que conoció á Estela, una noche, que se bailaba en casa de un amigo. Una chispa de amor que brotó en ambos corazones en aquel lugar, se volvió pronto poderoso incendio. Entonces Manuel se tornó avaro. Había que formar un capital para sacar aquella hermosa niña de su lujoso y cómodo hogar, y llevarla á otro donde no sufriera frío, afanes ni privaciones. Manuel sabía que el amor no necesita del interés para vivir, pero también comprendía que “no se almuerza con suspiros ni se come con sentimientos.”

—¡Adiós! dijo Manuel á todos sus placeres, y pensó sólo

en el trabajo y en el ahorro. Llegó á querer con apasionada codicia el dinero, porque éste lo acercaba á Estela. Cada peso que guardaba era un paso más hacia su bella prometida. Yo supe cuántas privaciones se impuso, y pude medir cuántos quilates de abnegación tenía su avaricia. En tanto que otros se burlaban de él, yo admiraba por segunda vez su poderosa fuerza de voluntad.

Un día yá tuvo modo de conseguir el nido. Fue á Chapinero y compró una hermosa quinta. Después todas las semanas adquiría un mueble, sembraba una rosa, colocaba un adorno. ¿Cuánto gozaría Estela al entrar en aquella blanca casita llena de grabados y oleografías? Y su madre, que se iría á vivir con ellos, ¿cuánto placer tendría cuidando las flores y acompañando á su nuera?

En tanto su tío había ascendido, por su honradez, en la oficina. Yá era el jefe de ella. De simple escribiente había llegado á recaudador de una de las más valiosas rentas nacionales. Nada sabía aún de los hermosos proyectos de su sobrino, porque éste esperaba que la realización de su sueño estuviera cerca para contársele todo. De la felicidad que vendría á su protector debía tocarle alguna buena parte. Sí, él sería su padrino el día en que subiera con Estela las gradas del altar. Su primer hijo llevaría su nombre; ¿cómo nó, si aquel buen tío había sido su segundo padre?

Alberto, uno de los hijos de éste, supo, por habérselo referido Manuel, sus proyectos. Alberto era mozo disipado y calavera, y cuando vio á su primo yá rico, sintió algún sentimiento de odio ó de envidia. También amaba él, pero no tenía, como Manuel, la facilidad de realizar sus ilusiones. Pero eso no era imposible. ¿Sabéis lo que hizo? ¡Oh! es cosa espantosa. Su padre estaba enfermo, tomó Alberto las llaves de la oficina y sacó de las cajas unos pocos pesos. Eso no era nada, nadie lo notaría, ó él los repondría con todo lo que iba á ganar. Había visto á un amigo salir de una casa, en la orilla del río, con muchos miles, y había entrado sólo con diez pesos. ¿Por qué á él no le sucedería lo mismo? Entró con confianza y se sentó ante una mesa verde. Puso la mitad del dinero en un cuadro en donde había pintada una *S.*; los dados cayeron por el chirimbolo, dieron varias vueltas sobre el tapete y mos-

traron dos cincos. Alberto había ganado. La suerte lo atraía, para matarlo en sus brazos. Diez ó doce veces se repitió el apunte, y ya ganando, ya perdiendo, al fin Alberto salió sin un cuartillo. Quedaba el desquite, que se podía tomar con otros tantos pesos. Y fue y los trajo. Se perdieron también, y luégo otros y otros más que corrieron la misma suerte. Yá Alberto era presa de la fiebre nerviosa que se apodera, en sus empresas, de los grandes hombres y de los grandes malvados; á los unos les hace producir obras con las cuales no soñaron, y á los otros crímenes superiores á todas sus premeditaciones. Todo el dinero de la oficina se quedó aquella noche sobre el monte maldito.

A la mañana siguiente Alberto salía de Bogotá. Su primer idea fue el suicidio, pero cobardía ó creencias de la niñez no olvidadas, contuvieron su brazo. A Manuel le dejó una carta en que le refería todo. Había robado á la Nación. Las contribuciones que tántos infelices habían dado para que se les compusieran sus caminos, se les administrara justicia ó se les asearan sus calles, él las había defraudado. Su padre sería enjuiciado y llevado á una prisión, si antes no moría de vergüenza. Sus hermanas caerían en espantosa miseria y sobrevendrían consecuencias terribles. Todo esto decía á Manuel en la carta y le pedía lo contase á su padre y le pidiese perdón. Se iba á buscar la muerte en climas mortíferos. ¿Habrá modo de evitar esto? pensó Manuel; su protector, á quien debía él todo cuanto era en el mundo; quien había costado su educación y sostenido á su madre y hermana, ¿era justo que recibiera aquel golpe espantoso? Dos días después sería la primera fecha del mes, y una autoridad política debía pasar en la oficina la visita mensual y cerciorarse de que el dinero estaba en caja. Manuel tomó una resolución; sus bienes daban con qué reponer aquella suma en la oficina, y su tío se salvaría, y con él toda la familia. Pero Manuel no había visto que la carta tenía una *Posdata*: “He querido enriquecerme, decía, para ganarte á ti en fortuna, y casarme. Yo también amaba á Estela.” El sacrificio para Manuel era antes natural; pero ahora, cuando el nombre de su amada era recordado, cuando sabía que Alberto era su rival, fue yá un sentimiento de odio y no de compasión lo que sintió. Perder á Estela y perderla por un hombre que

había querido arrebatársela, nó, eso no era posible. Pero, ¿cómo dejar que su tío fuera tratado lo mismo que un criminal siendo inocente? Esta fue la lucha de Manuel durante una noche, noche terrible, en que había de decidir entre la gratitud y el amor.

A la mañana siguiente la resolución estaba tomada. Manuel salió á vender sus fincas y poner las sumas que ellas le produjeran en las cajas de la oficina. Su tío nada sabría sobre lo acontecido. Se le diría que Alberto había sido llamado á los Llanos, donde tenía un pariente, para un pingüe negocio. Y todo se hizo así. Manuel fue aquella mañana á entregar su quinta al primer comprador que halló. El sol estaba brillante encima de Monserrate; una brisa suave agitaba los tristes sauces y los altos eucaliptos. El aliento fresco y perfumado de la Sabana se elevaba al cielo, donde pedacitos de nubes blanquísimas paseaban tranquilas, como almas que van á Dios. Las campanas de San Diego tocaban alegres porque había fiesta religiosa, cuando pasó el carro del tranvía en que iba Manuel. Una tropa de hermosos niños jugaba entre las alamedas del parque. En un día así, tan bello y tan alegre, con sol y aves y música, pensaba él pasar por allí con Estela. Un momento tuvo tentaciones de volverse, pero más allá vio una casa enorme, de piedra y con rejas de hierro: era el Panóptico, la casa de los asesinos y de los ladrones; allí podría ser encerrado su tío; y entonces le pareció que el carro andaba despacio.

Manuel no volvió jamás á la casa de Estela. Estaba arruinado, y así el matrimonio era imposible. Mucho la amaba, pero él no la iba á sacrificar. Su tío ignoró siempre la verdadera causa del viaje de Alberto y el sacrificio de Manuel. Alberto se consagró al trabajo en un ható en Casanare, y rarísima vez viene á Bogotá. Estela se casó con un joven González, hace yá mucho tiempo.

Manuel ha permanecido soltero. Yá hoy tiene otra vez algún capital, pero cumple en estos días cuarenta años, ese "rellano del cuarto piso, como dice Daudet, donde el hombre encuentra y recoge la llave mágica que abre la vida hasta el fondo y deja ver la monótona galería."

Las beatas y el vulgo lo llaman solterón egoísta. Unos dicen que no se casó por vanidad: que creyó que ninguna mu-

jer lo merecía; otros, porque ninguna le tuvo amor; y otros, por libertino.

He escrito la verdad, y digan los lectores si este solterón no vale tanto como el más honrado padre de familia.

E. POSADA.

LA ULTIMA LUZ

CUANDO del firmamento la armonía
Desaparezca de los ojos míos,
Cansados de verter amargo llanto;
Cuando yá en mis oídos no resuene
Dulce rumor de bosques y de ríos
Ni de las aves el alegre canto;
¡Ay! cuando pase á vida más tranquila,
De nuestros bosques por los hondos huecos,
Despiertos al tañido de la esquila,
¡Qué tristemente gemirán los ecos!
Vosotras, prendas de mi vida, entonces
No vayáis á llorar sobre mi suerte,
Que el brillo de la vida verdadera
Ilumina las puertas de la muerte.

¡Vientos que llevaréis en vuestras alas
El alma atribulada del poeta
A la región desconocida en donde
De los mortales el final destino
Entre pasmosa oscuridad se esconde,
Yá os oigo lejos resonar! Ahora,
Sentado al borde de mi tumba, espero
A que raye la aurora en el oriente
Y al mar occidental caiga la luna,
Entonando las santas oraciones
Con que mi madre remeció mi cuna.
Así aguarda el marino,
Parado de su nave en la alta popa
Con el oído atento
A ver si sopla favorable el viento
Para soltar el vagaroso lino
Y entregar á las ondas su destino.

¡Oh! Dichoso el mortal que atrás dejando
 De la borrasca la tupida bruma,
 Logra tocar al suspirado puerto,
 Aunque salga cubierto
 Del fiero mar con la salada espuma;
 Y doblar exultante la rodilla,
 Y besando la orilla
 Clamar: "Al fin te tengo y para siempre
 Tierra de libertad! ¡En tu regazo
 Al fin aquí reposaré tranquilo
 Del Sumo Bien en el amante abrazo!"
 Mas de mi infancia, ¡oh celestial aurora!
 ¡De la vida lucientes ilusiones,
 Que poseéis la fuerza seductora
 De hechizar los humanos corazones!
 ¡Bello rayo de gloria que ideaba
 Reflejar en la Patria! todo ahora,
 Todo desaparecido!
 ¿Adónde, adónde han ido
 De la niñez feliz la ingenua risa
 Pagada por la madre con un beso?
 ¿Dónde el primer amor, dulce embeleso
 De la vida, y las fieras tempestades,
 Y los dorados sueños de ventura,
 Y las horas de dicha y las de llanto,
 Y las horas de gloria y de amargura?

Selló la Muerte con su mano helada
 La losa del sepulcro, y el Olvido
 Sobre ella echó su perdurable manto;
 Y se escucha una voz que nos enseña
 Que todo es vanidad de vanidades
 Y sólo la virtud eterna dura.

¡Adiós, oh sol y estrellas fulgurantes,
 Que brilláis en el velo de la noche
 Cual chispas de diamantes!
 ¡Y vos, oh patrio río,
 Oh Sugamuxi mío!
 ¡Bellos campos que inunda
 Una ola de fragancia,
 Donde gocé de paz, dulce y profunda,
 En los risueños años de mi infancia!

¡Adiós, oh pobre iglesia de mi aldea,
Recostada en musgosos pedrejones
Y en torno rodeada
De árboles que sembraron mis abuelos,
Cuya mudable sombra
Mal encubre á los ojos
Los blancos paredones,
Y el alto campanario y techos rojos!

El polvo vuelva al polvo
En silenciosa paz, hasta que suene
El ronco són de la final trempeta
Y las regiones del sepulcro llene;
Y como el huracán barre la hoja
De los bosques marchita,
Del pecador Adán toda la raza
El Angel á rendir estrecha cuenta
Ante las plantas del Señor recoja.
Y mientras tanto allí, ¿qué necesita
Ese poco de polvo que ha quedado
Y se llamaba el hombre?—Un paño negro
Que el pavimento de la iglesia enlute;
El ataúd común que en la parroquia
A los pobres recoge, y cuatro cirios
Cuya luz vacilante
Caiga sobre el semblante
Del que finó, y las manos
Que piamente abrazan y amorosas
La cruz del Redentor sobre su pecho,
Cual de una tabla el náufrago se agarra,
Cuando en el mar en temporal deshecho
Sopla el austro, y retumba
Sordo el trueno, y el rayo
De negras nubes el montón desgarrá.

Cubra mi cuerpo el manto
De color de la pálida ceniza
Que en hombros de los hijos de Francisco
Ha recorrido el mundo
Llevando las ovejas descarriadas
Del Eterno Pastor al grande aprisco.
Oigase solamente
Encima de mi tumba

La voz del sacerdote
Que por misericordia y perdón clama;
Y llueya cual rocío refrescante
En campo erial de aridecida grama;
Mas no venga con eco estrepitoso
A resonar allí comprada orquesta
De variado instrumento,
Voz calculada, hipócrita lamento:
Suba abundante incienso en blanca espira
Que las bóvedas llene; y en contorno
Del enlutado féretro piadosas
Como sordo rumor de manso río
Que golpea la orilla,
Resuenen muchas veces
Por perdón y clemencia
Al cielo alzadas doloridas preces;
Y no lámparas ciento
De oro bruñido y de brillante plata;
No amarillos blandones
Con luces sulfurosas y cambiantes
Quiebren la oscuridad del templo grata,
Entre velos flotantes
Con caireles de gasas y crespones;
Ni la carroza fúnebre cubierta
De coronas se mueva con airones
De movedizas plumas
A la región del sempiterno luto;
Ni del coro le siga la armonía
Con la voz estruendosa de la orgía
De una falsa amistad solo tributo
O de mentido amor; y que no venga
Orador presuntuoso
A pronunciar de la virtud el nombre
Sobre el polvo de un hombre
Gran pecador, en estudiada arenga;
Que oírse allí no debe
La voz pagana y triste
“¡La tierra te sea leve!”
Mas la del sacerdote,
Voz de resurrección y de esperanza,
Que nos promete vida más dichosa:
“¡Oh! luzca sobre ti la luz perpetua
Con los santos de Dios! y en paz descansa!

¿Qué á mí con la corona
De verde mirto entretejida y flores
Con que el ingenio y la virtud blasona?
Bien poco necesita
De un pecador el cuerpo atormentado
Para dormir en paz su último sueño:
Un espacio pequeño,
Siete palmos de tierra en la bendita
Mansión que ha de habitar eternamente
De soledad cercado;
Donde no se distinga entre la alfombra
De florecida grama
De otras tumbas su tumba, á que haga sombra
Rústica cruz de mal labrado leño.
El perdón del Señor bástale solo
Sin que á su gloria necesario sea
Grabado en el altivo mauseolo,
Título vano de mentida fama
Que el admirado pasajero lea.

Y tal vez por la tarde
Cuando la luz con las tinieblas lucha,
Ave viajera detendrá su vuelo
En la cerca de espino
Que guarda el campo santo,
Y tupen con festones
La zarza y la silvestre capuchina;
Y soltará de allí su dulce trino
Al sol que muere, al céfiro, á la rosa
Que deshojada por el polvo rueda,
Al sauce babilónico que inclina
Como llorando, lánguida la frente,
Y al cercano torrente,
De nuestra vida imagen
Que borbotando baja
En raudo torbellino
De una en otra laja
Con ondas espumosas cristalino;
Canto que es un remedo
De la canción sencilla
Del poeta difunto, ó cual memoria
De antiguo bien perdido

Y de dicha fugaz y transitoria.
 Luégo las negras sombras de los Andes
 Se irán haciendo cada vez más grandes;
 Del pueblo oiráse lejos el murmullo
 Cnal voz de un río entre las piedras sorda;
 Y más lejos el lúgubre lamento
 Con que en la grey el toro padre muge;
 Y el chirrío del carro
 Que de puro repleto se desborda
 Y atormentado con la carga cruje;
 Luégo el agudo són de la campana
 Volará al monte, al valle, á la alquería
 Saludando á la Reina Soberana;
 Luégo saldrá la luna difundiendo
 Sus secretos de gran melancolía;
 Luégo sombra y silencio . . .
 Y después morirá por fin el día.
 Y siempre, oh Dios! así, y años tras años
 Siglos tras siglos rodarán sus olas
 Sobre la humilde tumba del poeta
 Que en tiniebla, en silencio duerme á solas,
 Hasta que lo despierte
 Del pavoroso sueño de la muerte
 El ronco són de la final trompeta.

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ.

1886.

SED BUENOS!

Y pusieron en mi comida hiel!
 y en mi sed me dieron á beber
 vinagre.

Salmo LXIX, v. 21.

I

Nó, no hay piedad ni tregua en el combate
 Con tu legión de inicuos, oh Fortuna!
 Y el lidiador valiente que se abate
 Ludibrio espere, compasión ninguna.

Desvelos y virtud, gloria y tormentos
 —“Atrás! Caed, gemid los temerarios.”
 —De sed morimos! “Hiel á los sedientos.”
 ¡Sobran verdugos, cruces y calvarios!

Hijos de Pluto, reyes de la tierra
 En la farsa infernal de sólo un día,
 Cuanto grande la mente humana encierra
 Mereció vuestra estúpida ironía.

Se abisman en los antros de la muerte....
 Ni un eco en pos ni huellas luminosas:
 Son ídolos de carne que convierte
 Un soplo en cieno y larvas asquerosas.

II

Cerca la dicha está, premio y venturas
 Que ansié para vosotros, hijos míos,
 Y aun arrostro miserias y torturas....
 Y de almas ruines los desdenes fríos.

Mañana, conseguida la victoria
 Que obtengo yá con los cabellos canos,
 De sus víctimas de hoy no harán memoria
 Hombres sin fe que os tenderán las manos.

Séd buenos! Perdonad, que la venganza
 Nunca en mi corazón mulló su nido;
 Quien perdona merece bienandanza....
 Lo torpe y criminal es el olvido:

Recuérda y ama el nómade salvaje
 Selva en que miel halló, fuentes y lecho,
 Y cauto crúza sombras del bosque
 Donde ha visto la víbora en acecho.

III

No envidies los palacios que levanta
 En la inmunda ciudad orgullo insano;
 En torno gime la miseria santa....
 Labora y redención espera en vano!

¡Esperan pan y luz! Son los vencidos
 En la lid por la vida ¡oh vencedores!....
 ¡Qué tinieblas, sollozos y alaridos
 En la sima espantosa de dolores!

Ah! vosotros, mi orgullo, descendientes
 Del Macabeo, raza de proscritos....

Que en las almas lleváis nobles y ardientes
Piedad humana, gérmenes benditos,

Tened cerradas de mi hogar las puertas
Al lucro y vanidad que honor desdoran;
Al mérito y virtud estén abiertas
Y á desvalidos huérfanos que lloran.

Lágrimas de los pobres aliviados
Son aurëola celestial del bueno;
Eran ellos de Job los amparados,
Y amor, divino amor del Nazareno:

Por él, por mí, por vuestro limpio nombre,
Séd buenos, pues que sois la sangre mía,
Y nunca os intimide ni os asombre
De la turba venal la befa mía.

JORGE ISAACS.

Bogotá, Abril 1.º: 1890.

HISTORIA DE LA NUEVA GRANADA

PARA SERVIR DE CONTINUACIÓN Á LA HISTORIA DE COLOMBIA,
POR JOSÉ MANUEL RESTREPO

(CONTINUACIÓN]

Julio, 1832.—Ocurrió en estas circunstancias el arribo á la capital del señor Fernando Lorenzana, Secretario de la Legación granadina en Roma, que desempeñaba entonces el señor Ignacio Tejada. Era portador de breves y rescriptos de S. S., en los que concedía varias gracias á ciudadanos granadinos y ecuatorianos. Condujo, además, una constitución apostólica expedida en Agosto de 1831 por la Santidad de Gregorio XVI, Papa reinante; declaraba en ella que cuando la Santa Sede trata de negocios eclesiásticos con Gobiernos temporales, cuyo dominio se halla en estado de contestación ó disputa, reconoce el *hecho* prescindiendo de toda disquisición acerca del *derecho*, con el objeto de que no se retarden, por consideraciones puramente temporales, políticas ó mundanas,

las providencias del ministerio apostólico dirigidas á la salvación de las almas.

Se creyó entonces que esta constitución, que pareció expedida adrede para abrir el camino del reconocimiento de las nuevas Repúblicas establecidas en la América antes española, iba á ser muy útil á éstas; ella cortó y allanó las dificultades que hasta la época actual se habían presentado sobre provisión de obispados y dignidades eclesiásticas, derechos de patronato y otros muchos puntos arduos de la disciplina de la Iglesia. La oposición del Gobierno español á que sus antiguas colonias fueran reconocidas como Estados independientes, había retraído á Su Santidad de obrar con libertad en dichas materias.

En el intermedio no habían faltado disensiones entre los diferentes partidos que agitaban la Nueva Granada. Un club que existía en Cartagena titulado *Veteranos de la libertad*, tuvo el proyecto de que la costa del Atlántico se erigiera en Estado federal; al efecto, publicó un proyecto de acta que los pueblos rechazaron con indignación. Por otra parte, siendo el tiempo en que debían hacerse las elecciones de presidente y vicepresidente, senadores y representantes, pues los dos primeros escogidos por la Convención sólo duraban hasta el año próximo, el país se conmovía ordinariamente en esta época. La imprenta, por la que se hicieron fuertes ataques al Vicepresidente Márquez á fin de que no fuera reelegido, aumentaba la excitación, que por fortuna no produjo desorden alguno.

Los progresos que hacía la educación pública consolaban á los verdaderos patriotas de estas agitaciones inherentes al Gobierno republicano, sobre todo en pueblos como los nuestros, que aun eran novicios en la práctica de tales instituciones. Los certámenes anuales de los colegios de la capital manifestaron los adelantamientos de los alumnos en los diferentes ramos de enseñanza. Distinguióse el colegio particular á cargo del señor José María Triana, fundador de esta clase de establecimientos que tanto se han aumentado en años posteriores.

Márquez y sus Secretarios trabajaban con asiduidad en mejorar la educación, tanto de las masas en las escuelas primarias, como la clásica y científica en la juventud. Estaban persuadidos de que la educación era un elemento necesario para

fundar la República en pueblos como los nuéstrros, criados bajo el sistema colonial de España. Era ésta una empresa de las más atrevidas de los próceres de nuestra independencia, empresa cuyas graves dificultades no se conocieron al principio: ellas han durado muchos años y frustrado de mil maneras diferentes los patrióticos designios de nuestros hombres de Estado.

No descuidó el Vicepresidente el hacer algo para mejorar la educación del bello sexo. Con tal objeto había expedido desde 7 de Junio un decreto fundando el colegio de niñas denominado de La Merced, para cuyo sostenimiento destinó varios capitales de fundaciones antiguas existentes en la capital, y otras que pertenecían á conventos suprimidos. Este decreto se puso en práctica, y el colegio de La Merced ha sido un establecimiento bien útil para la educación de las jóvenes granadinas.

Súpose por este tiempo que el Presidente General Santander había arribado á Santamarta el 17 del corriente en camino para la capital. Desde antes anunció de oficio que aceptaba la primera magistratura del Estado.

En la misma fecha dirigió al Secretario de Hacienda una comunicación harto curiosa. Solicitaba que inmediatamente se liquidara el haber que le correspondiera por sus sueldos atrasados, y que se le dijera: "Quién, cuándo y en dónde se los pagaban," declaratoria á que, según dijo, tenía derecho, después que sus bienes raíces habían sido saqueados é injuriados. Exigía una resolución explícita y detallada, y concluía:

"La resolución del Gobierno y esta comunicación deseo que se publiquen, para que pueda juzgar la Nación de la justicia de mi solicitud y de la del Gobierno."

Verificóse inmediatamente la liquidación, y resultó que se le debían de sueldos atrasados 2,552 pesos.

Todos los que tomaban interés en los negocios públicos vieron con pena publicada en la gaceta oficial esta comunicación. No podían comprender cómo era que Santander, al pisar las playas de su patria después de un largo destierro para venir á ocupar el primer destino del Estado, no tuviera otra cosa más importante sobre que hablar ¡sino la liquidación de 2,552 pesos! "Quién, cuándo y en dónde" vino á ser en aquella

época un dicho vulgar que estaba en boca de todos. Aun los más íntimos amigos de Santander improbaron su conducta en este negocio, y que hubiera pedido la publicación de los documentos en que aseguraba con ligereza que sus bienes raíces habían sufrido saqueo é injurias, aserción del todo inexacta, pues no se los tocaron durante su destierro (1).

Santander estuvo después en Cartagena, y por Ocaña se dirigió á Cúcuta, su patria. Generalmente fue bien recibido y obsequiado en los pueblos del tránsito, que esperaban reportar bienes de su Gobierno, que antes había sido activo, enérgico é inteligente.

Agosto, 1832.—Referimos antes haberse trasladado á Quito las conferencias de los comisionados del Ecuador y Nueva Granada. Estos aguardaban de un momento á otro la contestación de su Gobierno sobre ampliarles sus instrucciones para dar á las cuestiones pendientes una terminación pacífica. Al fin supieron en los primeros días de Agosto que conforme á la opinión unánime del Consejo de Estado, no debían esperar ninguna modificación. Así pues, invitaron á tener otras conferencias. Tuviéronse, en efecto, con asistencia de los tres comisionados del Ecuador: Valdivieso, Olmedo y Arteta. Mas nada se pudo adelantar ni aun con el cambio de tres largas notas que pasaron Restrepo y Estévez, y de dos que contestaron los ecuatorianos. El resultado final fue que después de varias proposiciones hechas por unos y otros negociadores, que ningún efecto produjeron por falta de aceptación, los ecuatorianos declararon en 16 de Agosto rotas y concluidas las conferencias. Esta declaración fue seguida de una fuerte protesta de parte de los mismos comisionados, la que se contestó en el acto por los granadinos. En seguida pidieron éstos se les concedieran pasaportes para emprender su viaje el 23 ó 24 del mismo.

En la última protesta de los comisionados del Ecuador indicaron que no habiendo un arreglo pacífico con la Nueva Granada, el Ecuador entraría en comprometimientos con un Estado vecino. Era éste el Perú, con quien dijimos antes que Flores negociaba un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

(1 Oficio de Santander, fecha 17 de Julio, publicado en *La Gaceta* número 50.

En efecto, consiguió que se firmara, y en aquellos mismos días recibió Flores la noticia, que por medio de un impreso comunicó semioficialmente á los comisionados granadinos, como un triunfo de su diplomacia. Publicó, pues, la noticia con salvas de artillería y con otras demostraciones de regocijo público.

Aun no había desaparecido el eco del cañón en las concauidades del Pichincha, cuando se acabó toda aquella alegría. El Gobierno de Flores supo que el 12 por la noche se había sublevado en Latacunga el Batallón Flores, de 600 á 700 hombres, de los cuales por lo menos la mitad eran soldados veteranos de Colombia. No tuvo el motín causa particular, y fue dirigido por los Sargentos Perales y Alcázar, que redujeron á prisión al Comandante López, y fusilaron, según se dijo, á seis ó siete oficiales. Después de causar en Latacunga robos y desórdenes, emprendieron su marcha hacia Guayaquil. Aquel batallón se llamaba antes Girardot, nombre que le restituyeron Perales y Alcázar, que asumieron el mando. Su pretensión era apoderarse de algún buque en la costa del Pacífico para seguir á Panamá, pues una gran parte del batallón se componía de granadinos y venezolanos que no amaban á Flores, y querían restituirse á su país natal. Era esta la tercera revolución militar que experimentaba el Jefe del Ecuador, precedidas por la del batallón Vargas, y la formidable de las tropas colombianas que sedujo Luis Urdaneta.

En Quito no había fuerza alguna veterana que enviar contra el batallón sublevado; de modo que si éste viene sobre la capital, habría tenido que emigrar el Gobierno, que se vio en un gran conflicto. Mandó reunir en Quito sesenta hombres de caballería de un regimiento acantonado en Ibarra, y un batallón de milicias de Otabala.

En aquellos días fue crítica la posición de Flores. Había perdido un batallón que le hacía mucha falta para la guerra que seguramente iba á principiar con la Nueva Granada. Debía ocurrir personalmente al Sur para impedir los daños que podían causar á los pueblos y al Gobierno aquellos soldados sin disciplina ni sujeción; este mal era grave y urgente; así, Flores determinó seguir á remediarlo.

No le era menos urgente dictar sus disposiciones militares

para la guerra que iba á estallar hacia el Norte. Los comisionados granadinos salieron de Quito el 24 de Agosto y se dirigieron á Popayán. Flores sintió mucho que no hubieran convenido en sus proposiciones, y se manifestó enojado. Consolábase algún tanto viéndose apoyado por la alianza del Perú, ayuda con la cual contaba para salir triunfante en su propósito y conservar la codiciada unión permanente del Cauca. Mas bien pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Reunido el Congreso peruano, improbió el tratado de alianza con el Ecuador, sin duda por la sencilla razón de que no le convenía ni debía mezclarse en las disputas que podemos llamar domésticas entre el Ecuador y Nueva Granada.

La residencia de los comisionados granadinos en Ibarra y Quito mejoró y extendió la opinión pública de los ecuatorianos en favor de Nueva Granada en las cuestiones pendientes. Restrepo y Estévez conocieron allí que ningún apoyo sólido tenía en los pueblos el Gobierno de Flores; éstos no le perdonaban que fuese venezolano por nacimiento, aunque tuviera familia en el Ecuador. Por otra parte, es cierto que Flores estaba adornado de brillantes cualidades y conocimientos como militar, pero no poseía las mismas prendas en el Gobierno civil. Decían que la administración en todos sus ramos era un caos; que la Hacienda se consumía en mantener tropas que esquilaban y oprimían al país, que bajo su mando no tenía esperanza de libertad. Tales quejas parecían fundadas, y no se veía un término á los males del Ecuador, que por desgracia era la parte de Colombia que más carecía de hombres prácticos en la ciencia difícil del Gobierno de nuestras nacientes Repúblicas en que se necesitaba crearlo todo.

Cuando aún estaban en Quito dieron cuenta los comisionados Restrepo y Estévez, tanto á su Gobierno como al Jefe de la División granadina acantonada en Popayán, del mal éxito y de la rotura de las negociaciones. El General José María Obando tenía órdenes previas para marchar sin tardanza y ocupar militarmente la provincia de Pasto. El había sido siempre partidario de la guerra y enemigo declarado de Flores. Mutuamente se atribuían el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, misterio de iniquidad cuyo velo aún no había levantado la mano del tiempo. Así fue que Obando reci-

bió con mucho gusto la noticia de haber llegado el día de romper las hostilidades.

Componíase la División granadina de 1,100 hombres de buenas tropas, y de 400 milicianos acostumbrados á batirse en las montañas que iban á ser el teatro de la guerra. Las fuerzas de Flores, que guarnecían á Pasto, ascendían poco más ó menos al mismo número. Las mandaba el General Farfán.

Desde antes de salir de Quito los comisionados, se rompieron las hostilidades, pues Flores hizo ocupar el Tablón de los Gómez, país militar situado entre los ríos Mayo y Juanambú, aunque de pequeña extensión, pues sólo tiene como seis leguas de ancho y bastante más de largo: era muy importante. Pretendía Flores que le pertenecía, y Obando lo contrario, quien pasó al primero en esta ocasión oficios demasiado acres.

A pesar de que Flores hiciera acompañar por un jefe á los comisionados hasta Pasto, pudieron éstos tratar con los principales habitantes y conocer su decisión por la Nueva Granada. Flores, desde tiempo atrás, hizo muchos esfuerzos para ganarlos á su partido, y aunque él dijera y creyera que serían fieles y decididos amigos del Gobierno y de la Unión ecuatoriana, se equivocó. Restrepo y Estévez, en su tránsito, dejaron preparado todo para que al acercarse la División granadina hubiera un levantamiento de guerrillas desde el Juanambú al Guáitara, las que harían á las tropas de Flores la guerra de partidas que siempre ha sido formidable en aquellos riscos.

Septiembre, 1832.—En el camino supieron el 5 de Septiembre que el Teniente Coronel José Ignacio Sáenz, Jefe de Estado Mayor de la División ecuatoriana situada en Pasto, y que tenía á su cargo la defensa del paso del Juanambú, no la haría, y que se acogería á las banderas de la Nueva Granada con un destacamento de 130 hombres. Por consiguiente, eran halagüeñas las esperanzas de obtener un éxito feliz en la próxima campaña.

Los comisionados transmitieron estas noticias al General Obando á fin de que, acelerando sus marchas, se aprovechara de ellas. El camino que seguía con su División era el de la falda occidental de la cordillera que pasa por Almaguer.

Sáenz, figurando un reconocimiento sobre el territorio

que dominaban las autoridades granadinas, y de acuerdo con el Comandante Mariano Alvarez, se avanza hasta la Venta el 12 y consuma su defección hecha en odio de Flores.

Luégo que Obando supo esto aceleró sus marchas y vadeó el río Juanambú por el paso del Boquerón, sin que hubiese quien lo defendiera. Solamente en la loma de Buesaco se dispararon algunos tiros y se retiró la guerrilla enemiga; mas por la noche volvió al pueblo, sorprendió una avanzada granadina é hizo varios prisioneros. El General Obando continuó con celeridad su marcha sobre la ciudad de Pasto, adonde entró el 21 de Septiembre sin oposición alguna. La División ecuatoriana y su Jefe Farfán se habían retirado al lado meridional del Guáitara, desde el 18, cortando el puente de este río y manifestando una especie de pánico. En esta marcha retrógrada sufrieron bajas considerables las fuerzas ecuatorianas, perdieron fusiles y tuvieron que abandonar en Pasto cuatro hermosas piezas de bronce y dos obuses con sus correspondientes cureñas y municiones.

Obando y las tropas granadinas fueron recibidos en Pasto con mucha alegría y contento de sus habitantes, pues detestaban la dominación del Ecuador y á su Presidente Flores. Este había trabajado cuatro meses en ganárselos y en hacer odioso al Gobierno granadino, aun fingiendo mil calumnias para desacreditarlo, especialmente en materias religiosas. El desenlace fue muy triste y aun vergonzoso para Flores; él confiaba mucho, para sostener la guerra, en la adhesión de los pastusos. Varias veces dijo á los comisionados que por medio de guerrillas sostendría en las montañas de Pasto la lucha con la Nueva Granada por algunos años.

A la sazón que ocurrían estos sucesos, Flores, por fortuna de la Nueva Granada, estaba en Guayaquil, adonde le llamó la sublevación y marcha del batallón Flores, que había penetrado hasta la provincia de Manabí (1). Si su presencia no era absolutamente necesaria para conservar el departamento de Guayaquil, nos parece que cometió un error muy grave alejándose de Pasto, donde sus tenientes se dejaron sorprender é intimidar. Puesto él á la cabeza de la División, no había

(1) Este batallón fue vencido, disuelto y castigados con la pena de muerte muchos de los más comprometidos en el motín de Latacunga.

sido tan fácil ocupar á Pasto, y se hubiera derramado alguna sangre en la campaña.

Obando tenía órdenes para seguir inmediatamente hacia el Sur después que ocupara á Pasto. Mas no pudo mover su División por falta de caballerías para conducir el parque y víveres para las tropas. Estas circunstancias contrarias y la facultad que tenía por sus instrucciones le obligaron á ofrecer la paz al Gobierno del Ecuador.

Ejercía éste, por ausencia de Flores, el Vicepresidente José Modesto Larrea, quien sometió la cuestión al Congreso que se hallaba reunido en Quito. Era el 25 de Septiembre cuando el Congreso ecuatoriano determinó que se hiciera la paz conforme á las bases que acordó al siguiente día. También dispuso que en el intermedio se ajustara un armisticio, á cuyo efecto siguió á Pasto el Jefe del Estado Mayor ecuatoriano Pallares. Entretanto las tropas del Ecuador ocupaban el cantón de Túquerres, llamado también de los Pastos.

Tal era el estado que tenía la importante cuestión del reintegro por el Sur del territorio granadino. Las armas del Estado habían sido felices bajo la administración del Vicepresidente Márquez, que llegaba al término de su Gobierno después de haber comenzado á ejecutar con acierto la Constitución y leyes acordadas por la Convención de la Nueva Granada.

El nuevo Presidente Santander siguió desde Cúcuta hacia la capital, y por doquiera fue muy bien recibido por los pueblos. Cuando yá estuvo á poca distancia, Márquez envió á encontrarle y á felicitarle en nombre del Gobierno, á los Coroneles José Manuel Montoya y José María Briceño. El 4 de Octubre hizo su entrada pública, en medio de un lucido acompañamiento. Los habitantes de Bogotá manifestaron con entusiasmo su contento y alegría. Como sucede ordinariamente, sus esperanzas eran lisonjeras respecto de la nueva administración que iba á instalarse (1).

(Continuará).

(1) Permítasenos recordar aquí la pérdida lamentable que acababa de hacer la Nueva Granada. El 23 de Septiembre murió el Doctor Félix Restrepo, natural de Medellín, en la provincia de Antioquia. Fue el fundador de los buenos estudios de Ciencias Naturales en el Seminario de Popayán, de donde salieron Zea, Torres, Caldas y otros hombres célebres. Abogado distinguido, juez íntegro é imparcial, ciudadano patriota, liberal y de eminentes calidades cívicas, elocuente en los Congresos,

BOLETIN BIBLIOGRAFICO

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Policarpa.—Novela histórica por CONSTANCIO FRANCO V.—Bogotá.—Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos.—Editor, E. Zalamea. 1890.—223 págs.

El deseo de popularizar entre los colombianos los nombres y los hechos fecundos en enseñanza y altos ejemplos de los próceres y heroínas de nuestra magna guerra, ha sugerido al conocido escritor señor D. Constancio Franco V. la redacción de este nuevo libro.

El señor Franco viene de tiempo atrás, con diligente estudio y patriótico celo, que mucho le honran, procurando revivir, en hermosas páginas, la historia del pueblo colombiano, y esa meritoria labor, desempeñada con elocuencia y significativa tendencia social, al par que sirve de ejemplo á la juventud, ayuda á despertar en toda clase de lectores, noble entusiasmo por la valerosa legión de héroes que dieron libertad á la patria.

En la obra del señor Franco se relatan los acontecimientos más notables de la vida de aquella inmortal hija de Guaduas; por esa verídica relación se aprecian los sacrificios de toda especie que se impuso la heroína para trabajar por la suerte de su patria, no siendo el menor de ellos la inmolación de su mismo casto y singular amor por Sabaraín, y, por último, el lector asiste con profundo sentimiento de pesar, mezclado de admiración, á la ejecución de Policarpa, quien supo morir en el patíbulo con entereza y valor sin iguales.

Las Consecuencias, por MERCEDES CABALLERO DE CARBONERA.—Folletín de *La Nación*.—Lima. Imprenta de Torres Aguirre. Mercaderes—150—1889—245 págs.

Esta es la última novela publicada en la capital del Perú por la celebrada autora de *Sacrificio y Recompensa* y *Blanca Sol*.

La acción se desenvuelve naturalmente, y el trágico final corresponde, como los demás capítulos de la obra, como el título mismo de ella, al propósito que ha guiado en esta vez la pluma de la escritora limeña: el de censurar amargamente el vicio del juego exhibiendo todos los excesos á que conduce y señalando el relajamiento moral que produce en los caracteres.

religioso, de grandes virtudes cristianas y de trato ameno en la sociedad privada, ha dejado con su muerte un vacío harto difícil de llenar. Por sus filantrópicos sentimientos y su amor á la verdadera libertad, él fue en Antioquia y en el Congreso general de Cúcuta el abogado de los negros esclavos y el que promovió principalmente la ley de 21 de Julio de 1821, que puso los fundamentos de su libertad progresiva. Con tales hechos su nombre nunca perecerá. Vivió 72 años.—(N. del A.).



Pinta con vivos colores la pasión amorosa de una inocente niña que, criada en perpetuo encierro y aislamiento del mundo, por un padre severo y misántropo, que no sabe abrirle campo en la sociedad para que sus sentimientos naturales tengan expansión, viene á caer en las artificiosas redes de un hombre de mala conducta, entregado al juego, quien sólo pretende unirse á ella por su riqueza. Unidos para siempre, de modo imprevisto, la pobre niña queda sujeta á la vida irregular y á los percances sin cuento que el vicio de su marido le proporcionan; estos lances llegan á tal grado, que el jugador, en un momento imprevisto, hiere de muerte á su esposa, la que expira perdonándolo y como modelo de mujeres cristianas, nobles y resignadas.

República de Colombia.—Tercer Informe del Inspector General de Instrucción Pública del departamento de Cundinamarca.—1890.—Bogotá.—Imprenta de Antonio M. Silvestre.—173 págs.

Recomiéndase la memoria del encargado de tan importante ramo, señor D. Rafael Cárdenas Piñeros, por la acertada y cabal exposición de las labores cumplidas no sólo en la oficina inmediatamente á su cargo, sino en las dos Escuelas Normales de Bogotá, en las Primarias del Distrito y en las siete Inspecciones Provinciales que abarca su jurisdicción. Contiene, además, datos y observaciones juiciosas sobre los capítulos de Presupuesto, reformas y exámenes y un cuadro estadístico sobre el número de alumnos matriculados durante el año.

Biblioteca de *Los Tiempos*.—*Crónicas Patrias*.—Hombres y Héroes, por PEDRO PABLO FIGUEROA.—Talca.—Imprenta de *Los Tiempos*.—1889.—71 págs.

Gran Descubrimiento de Óptica y Acústica, folleto en verso, por el americano C. B.—R. A. L. Q. (Ramón Altonio Lotero Quintana).—Bogotá.—Imprenta de Torres Amaya.—1890.—40 págs.

Nuestra Circulación Monetaria, por X. Y. Z. [Miguel Samper].—22 págs. Eustasio A. Escobar, Editor.

Ferrocarril del Cauca.—Junio 10 de 1890, por ENRIQUE ARBOLEDA C.—Bogotá. Imprenta de *El Telegrama*.—20 págs.

Apuntes de un viaje de Bogotá al río Guabio, por ENRIQUE ARBOLEDA C.—1890.—Bogotá. Imprenta de Echeverría Hermanos.—8 págs.

C R O N I C A

Bogotá, Julio 20 : 1890.

La fecha clásica, aniversario de nuestra emancipación política, es día de intenso júbilo para todo corazón colombiano, porque despierta generoso entusiasmo cuando, al evocar los grandes hechos de la guerra de Independencia, surgen, con el imponderable brillo de astros de poderosa magnitud, las históricas figuras que supieron cumplir la obra con abnegación suprema, con heroico ejemplo, con entereza y valor admirables.

Fecunda causa la de la libertad de la patria, que echó cimientos incommovibles de granito al edificio que luégo no hemos podido coronar cumplidamente, quien sabe si, más que por otra causa, por falta de desinterés y de civismo, condiciones que, con tan legítimo orgullo como alteza de miras, ostentaban los varoniles pechos de nuestros próceres!

Mas, si hemos carecido de propósitos inquebrantables; si nos ha faltado desprendimiento; si hemos solido aparecer como secuaces de partidos intolerantes, y no como hijos de una Nación que lucha aún por cimentar el derecho y la ley sobre la base indispensable de la paz, augurio de lisonjeras esperanzas para lo futuro es el ver que no hemos perdido nuestro amor á la libertad y que en el fondo de nuestro sér se mantiene vivo el sagrado recuerdo de admiración á la memoria de los fundadores de la República. Por ellos, que supieron legar nombre glorioso á las páginas severas de la historia, por su causa altamente justa y humanitaria, la gratitud nacional entona hoy himno de alabanza y se muestra ufana y orgullosa con sus conquistas.

La REVISTA se engalana hoy con los artículos de sus colaboradores la señora D.^a Soledad Acosta de S. y Doctor Pedro María Ibáñez, ambas producciones referentes á episodios de la epopeya nacional, y que acoge con mucho gusto para poder corresponder así á la amable excitación que, con motivo de la aludida festividad, dirigieron á los Redactores de periódicos de la capital los señores D. Higinio Cualla, D. Constancio Franco V. y D. Roberto Pardo R., á fin de que la prensa uniera su voz á la de las autoridades y á la del pueblo, que en este día celebran con variadas manifestaciones de alborozo, la más brillante de sus inmortales efemérides.



El día fijado para la instalación de la Asamblea del Departamento, 20 de Junio, se reunió la Corporación con la casi totalidad de sus miem.

bros. La excitación popular en las barras, la precipitación con que fueron hechos algunos nombramientos y también los discursos vehementes que se pronunciaron, dieron á la instalación del cuerpo y á sus primeros actos un carácter de oposición. El choque, sin embargo, fue muy pasajero, como tenía que ser, y se limitó al mero triunfo de unos nombres por otros en la elección para Senador y suplentes, y sin que se pretendiese introducir reformas ni cambios que afectasen políticamente los actos de la administración del Departamento.

Como en el día de la instalación de la Asamblea y en el siguiente, la excitación de las barras alcanzó proporciones anormales, el Gobierno envió la fuerza pública á que guardase el orden.

Algunos Diputados hicieron perentoria manifestación de disgusto por este hecho, calificándolo de antirrepublicano. El señor Ministro de Gobierno, sin embargo, sostuvo con energía la resolución tomada, fundándose en la consideración de que al Gobierno no sólo le toca castigar y reprimir los abusos y desórdenes, sino tratar de evitarlos.

Los comentarios á que dio lugar este incidente, y la actitud un tanto opositora de los Diputados, han sido tema obligado de conversación. Por nuestra parte nos permitimos hacer algunas reflexiones, ajenas á toda prevención de partido, y sin otra mira que la de formar el criterio que ha de servir en lo por venir para casos iguales al de que se trata.

La oposición de la Asamblea al Gobierno nacional—si como tal puede considerarse la preferencia de unos candidatos á otros,—está perfectamente dentro de los límites de acción que la ley le señala, y no es cosa que deba sorprender ni alarmar á nadie.

El desbarajuste en las barras, y las heridas infringidas á un individuo de los que allí presenciaban la primera sesión, es asunto muy diverso.

No puede desconocerse que todo Gobierno tiene que contener desórdenes de esta naturaleza.

Debe hacerlo así para defender la existencia del Estado. La opinión pública tiene como campo de acción la prensa, y en terreno legal para hacer valer sus ideas ó propósitos, las Asambleas y el Congreso; pero la acción turbulenta de las masas, cuando se manifiesta con actos agresivos, como los que ocurrieron en las barras de la Asamblea de Cundinamarca, equivale á abandonar el terreno de la legalidad, á prescindir de los medios adecuados para buscar opinión, puesto que, con inusitado clamor y ostentación de fuerzas, lo que se consigue es alarmar á todas las clases de la sociedad, producir intranquilidad en todos los ánimos.

Si las juntas políticas de carácter permanente son consideradas por nuestra Constitución como una amenaza, ¿qué no sucederá en tratándose

de reuniones que, con pretextos de asuntos públicos, intentan contra la vida misma de los ciudadanos ?

Los grupos de exaltados y de descontentos que suelen formar entre nosotros barras tumultuosas, no son la verdadera expresión del sentimiento popular. Craso error sería pensar que representan la opinión pública. Es verdad que no se puede ir á buscar ésta exclusivamente ni en los amigos del Gobierno ni tampoco en las clases altas de la sociedad. Por lo que hace á la clase proletaria, que vive del trabajo del día, con ningunas ó muy imperfectas nociones sobre la vida del Estado y sin conocimiento de los que han de administrar los intereses públicos, tiene que mostrarse en toda ocasión más pronta á subordinar sus sentimientos é ideas á la pasión y entusiasmo del momento que á la reflexión cuerda y sensata.

Así es que no vale gran cosa el que se alegue que las turbas pueden ser guiadas por hombres expertos, porque yá se sabe lo fácil y común que ha sido que los caudillos influyan, para el logro de sus propósitos, sobre la imaginación exaltada de la multitud.

En nuestra historia hay ejemplos de movimientos con forma popular y prestigiosa, seguramente bien intencionados en su origen, y que luégo se han desviado de su curso y de su objeto. A nuestro modo de ver, la verdadera opinión pública debe buscarse en la clase media de la sociedad, llamada á juzgar con independencia los actos del Gobierno, como que ella recibe, más directamente que cualquiera otra, el benéfico ó pernicioso resultado. Su opinión tiene que ser por esto, y por imparcial y concienzuda, fuerte, y decisiva y por tanto es la que debe buscar todo Gobierno que pretenda dar solución pacífica á cualquier problema social.

En el estado actual de la democracia, individuos que respeten por educación y convencimiento el derecho y la ley, que tengan conciencia de sus deberes civiles y cuya educación moral esté de acuerdo con los progresos de los tiempos actuales, no se encuentran sino como rarísima excepción, en las clases inferiores de la sociedad. Por tanto, es en extremo difícil aceptar como regla general la opinión de unos pocos. Tanto valdría guiarse por los juicios de personas ilustradas que ocupan elevada posición por su ciencia, y cuyos razonamientos, sin embargo, carecen de fuerza en asuntos sociales y de política, por dimanar de errores de apreciación á que todos estamos expuestos.

Convencidos en que toca á la clase media el mayor lote de fuerza y de prestigio moral en la balanza de la opinión pública, deber nuestro es hacer valer cuáles son, en estos momentos, los sentimientos y aspiraciones que en el seno de ella predominan. No está contaminada de indiferentismo político, como muchos inconscientemente lo propalan, sino que ha adquirido dolorosa y severa reflexión con las incruentas guerras civiles. Nada espera de los cambios imprevistos, porque sabe bien que el aura de

lisonjas es tan fácil de adquirir al principio como es de inevitable el murmullo de descontento cuando no se satisfacen las aspiraciones de la generalidad.

La anarquía ha sido abatida en los trámites legales, pero subsiste aún en los caracteres, arraigada profundamente en nuestro organismo social, como resultado de largo é impenitente contacto con ella. Hay sed de mando, como hay sed de riquezas; cada cual cree poseer la clave de la salvación de la patria, siempre que se le otorgue el primer puesto.

Las divisiones debilitan la acción y la fuerza moral de todo partido. Perder la paz en estos momentos, equivaldría á perder el mayor bien conquistado. La educación moral y el trabajo persistente pueden transformarnos á todos, darnos hábitos de regularidad y de cordura. Hay que seguir levantando el edificio de abajo para arriba. Los trastornos sociales llevan frecuentemente el cieno á la superficie. Por medio de la paz, con el trascurso del tiempo y la influencia moralizadora de la prensa se irán corrigiendo desperfectos; se impulsará el progreso material y revivirá el crédito de la República. Los que amen la patria no pueden abrigar en estos momentos otro sentimiento más noble y desinteresado que el de la paz á toda costa. Que el Congreso nacional, que hoy instala sus sesiones, se inspire en tan levantado propósito.

A los señores agentes del periódico en los Departamentos, se les suplica muy encarecidamente el pronto envío de los fondos que recauden, pues la publicación exige fuertes gastos.

Los señores agentes tienen derecho al 20 por 100 del producto de las suscripciones.

El Agente General y Administrador de la Empresa,

IGNACIO POSSE AMAYA.

(Apartado número 232).

UN VIAJE A VENEZUELA, por Isidoro Laverde Amaya. Obra de más de 400 páginas, en buena edición. De venta á \$ 0 80 el ejemplar, en las Librerías Americana, Colombiana, en la de Torres Caicedo, y en la agencia de *La Nación*.

NOTAS DE VIAJE. (Colombia y Estados Unidos de América, por Salvador Camacho Roldán. Un volumen en 8.º, de 900 páginas. Librería Colombiana (calle 12, número 178).

En rústica..... \$ 2 50
En pasta..... 3 ..

España

ADVERTENCIA—Desde número la *Crónica* se publicará en pliegos separados, y con paginación distinta, como para que sean colocados juntos al final de los respectivos tomos, al efectuarse la encuadernación.

CONTENIDO DE LA ENTREGA 1.^a DE ESTA REVISTA

La Literatura Colombiana, por **Isidoro Laverde Amaya**.
Los trabajos del canal de Panamá, por **Salvador Camacho Roldán**.
José Caicedo Rojas, por **Baldomero Sanín Cano**.
La mujer española en Santafé de Bogotá, por **Soledad Acosta de Samper**.
A mi hijo Augusto (poesía), por **Rafael M. Merchán**.
Lumbre de sombra (poesía), por **Jorge Isaacs**.
Historia de la Nueva Granada (continuación de la Historia de Colombia),
por **José Manuel Restrepo** (inédita).
Crónica.

CONTENIDO DE LA ENTREGA 2.^a

Monografías de Economía Política. Del derecho de propiedad, por **Aníbal Galindo**.
Un rasgo pedagógico del célebre Educador argentino, por **Próspero Pereira Gamba**.
Datos geográficos, históricos y estadísticos de Sogamoso, por **Temístocles Abella**.
Recuerdos de la guerra de 1840, por **Venancio Ortiz**.
Historia de la Nueva Granada (continuación de la Historia de Colombia),
(continuación), por **José Manuel Restrepo**.
Delia Antommarchi y García Herreros (poesía), por **Rafael Pombo**.
La Oración (poesía), por **Enrique W. Fernández**.
Desde el monte (poesía), por **Diego Uribe**.
Crónica.

OBRAS DE VENTA EN LA IMPRENTA DE "LA LUZ":

LA REFORMA POLÍTICA EN COLOMBIA, por **Rafael Núñez**, 3.^a edición.—Un tomo en 4.^o menor, de 1,268 páginas, á \$ 1-60 en rústica y á \$ 2-50 en pasta.
ESTUDIOS CRÍTICOS por **Rafael M. Merchán**, un tomo en 8.^o mayor, de 724 páginas, á \$ 2 en rústica y á \$ 2-40 en pasta.
FOLLETINES DE "LA LUZ," de 1883 y 1884, dos tomos en doble 12.^o, á \$ 2 en rústica y á \$ 2-50 en pasta cada uno.
LA EXPLICACIÓN DEL ENIGMA, por **Mme. Craven**, traducción de la señora **S. Acosta de Samper**, \$ 0-50 en rústica y á \$ 1 en pasta.
MIL ANÉCDOTAS, un tomo en 12.^o, de 486 páginas, á 8 reales en rústica y á \$ 1 en pasta.